



Cualquier cosa, menos quietos

universo**centro**

Número 90 - Septiembre de 2017 - Distribución gratuita | www.universocentro.com

Pobre viejecito



Los tiempos de la prensa han cambiado. Ahora los periódicos se actualizan cada minuto, giran como los tableros que anuncian vuelos en los aeropuertos. La prensa centenaria lucha por la supervivencia buscando parecerse a la televisión. Mientras los nuevos medios nacen, mutan, languidecen y mueren de vejez prematura.

Ahora la palabra magacín, además de una adaptación al español importada del inglés, es un anacronismo. Hace unos años los diarios acostumbraban encarpetar cada semana una revista con temas con un poco más de cocción. El magacín presumía con sus ilustraciones y sus plumas, con la cátedra de los maestros y el atrevimiento de los espontáneos, decía tener más seso y más licencia. *Universo Centro*, sin darse cuenta, ha terminado por ser una especie de magacín huérfano, sin el respaldo ni la tutoría del diario padre. Eso nos ha hecho menos sesudos y más carnudos, más rebuscadores y menos sometidos al acudiente.

Nuestras páginas han sido refugio, escuela, voluntariado y acrobacia. Más de trescientas personas, entre escritores, periodistas, fotógrafos, ilustradores, artistas, mecanógrafos y toderos han pasado por las noventa ediciones sin los rituales de las cuentas de cobro. Aquí se practica la escritura ilíquida, el editorial con sustancia y sin fondos, la pintura inmaterial y la crónica al natural. Entre nosotros no se hace balance sino equilibrio.

El periódico nació como una simple provocación, una chispa que prendió con la ayuda de un poco de alcohol y se fue acomodando gracias a los lectores puntuales, a las pautas ocasionales y a los colaboradores habituales. Se ha forjado un estilo sin pensar en el manual. La combinación de periodistas de cartón, humoristas por cuenta propia y mentirosos con biblioteca ha servido para animar los debates en nuestro “antro de redacción” y hacer que nuestros lectores reclamen veracidad frente

a historias reales y crean sin remordimiento las licencias literarias. Confunde y leerán, es una de nuestras consignas.

Con los noventa de *Universo Centro* unos se imaginan que el periódico ya es un viejo resabiado, un anciano cada vez más mañoso que a finales de mes late echado mientras suelta su olor a prensa mohosa. Posiblemente lo ven como un viejo alcoholizado, atrapado en la barra del bar que lo ha soportado con paciencia. Saber que un venerable pornógrafo recién murió a los 91 nos timbra y nos tranquiliza. Saludes a Hugh Hefner.

Pero así como el 90 convierte a UC en un anciano, los nueve añitos de vida dictan que todavía estamos imberbes, nos falta mucha calle por recorrer y muchas historias por contar. Viejos por un lado y en la segunda infancia por otro, UC sigue entonces en etapa de crecimiento y aprendizaje. No podemos negar que ya hay una mística que muestra el camino, la noche tampoco nos desampara y contamos con una buena cantidad de amigos que destilan tinta y rayan para que *Universo Centro* se regale bien. Pero nos urge llegar a la mayoría de edad para abrir la cuenta de ahorros.

Hace treinta números anunciábamos en esta misma página nuestro “Llanto periódico” para ofrecer una recopilación de historias en nuestros primeros seis años, ahora volvemos con la cantaleta y ofrecemos a nuestros lectores cinco opciones para sumarse y sumarle a esta causa. Ustedes elegirán la calaña de lectores que quieren ser. Un botón en nuestra página, www.universocentro.com, será la oferta y la esperanza durante meses.

Nos alegra la distribución gratuita y la lectura del periódico en esquinas, salones de clase, oficinas, aceras, butacos de plaza, poltronas de bien y colectivos del mal. La función de cada mes debe continuar y queremos dejarles un titular a cuatro columnas: no solo de aplausos vive la rotativa.

Gracias por disfrutar de la prensa que cuenta y miente, que alegra y subraja, que mancha y ríe. ☺

Violencia y polvo

De las manos de Rogelio surgen señales inequívocas de un dolor áspero en una vida marcada por un doble infortunio. Mientras intenta ordenar con buen hilo la historia de su propio pasado, una sismica voz de fumador de siempre le va añadiendo dramatismo al ritmo de su relato.

El primer desamor de su historia fue un golpe involuntario del destino; ni él ni nadie puede elegir una patria, un designio tan inevitable como la muerte misma. Nacido y criado en un desolado campo lleno de agriculturas erradas y cosechas sin mercado encima de una tierra seca y curtida por el sol, se preparó para la dificultad desde el arranque.

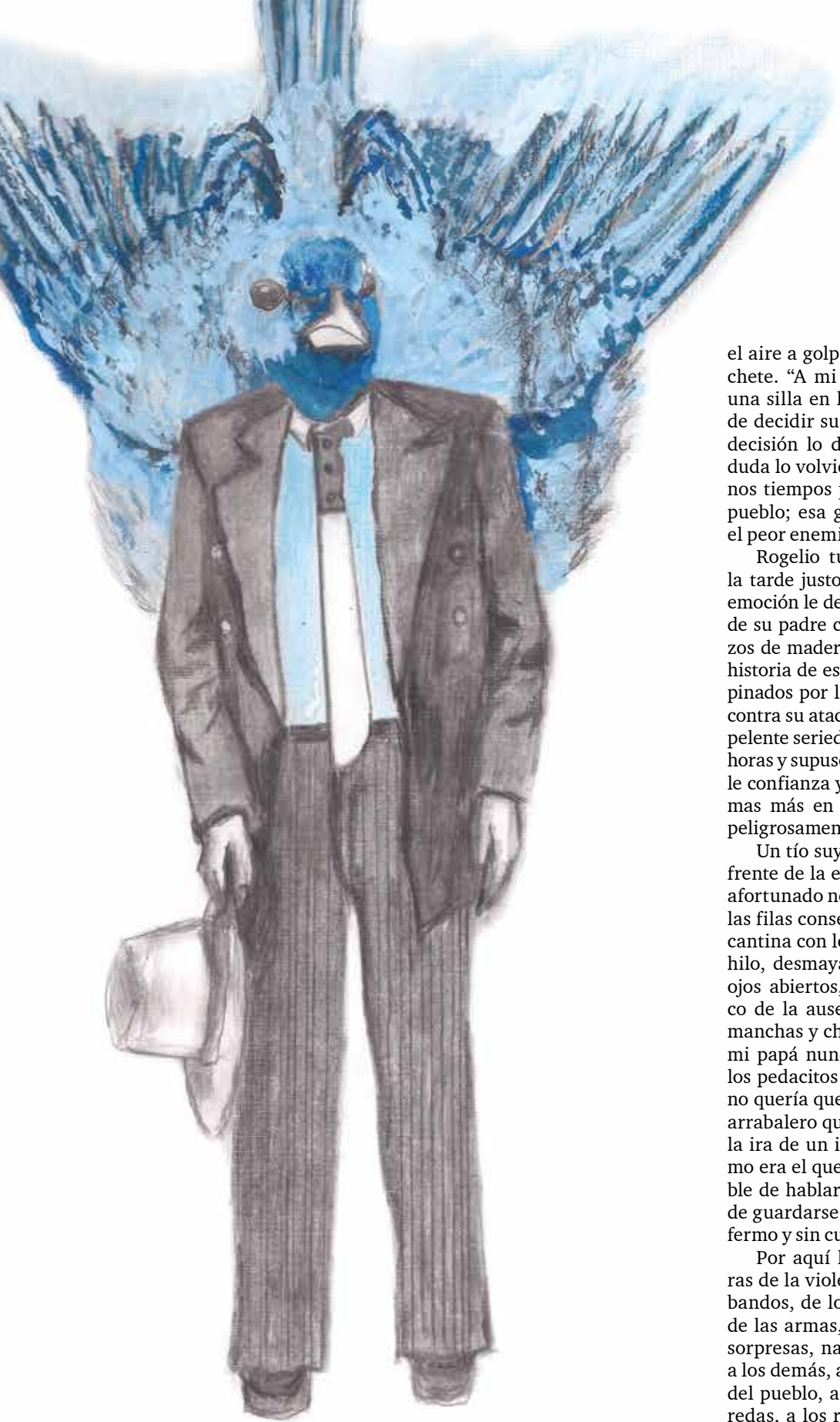
En los tiempos de la niñez, en los momentos de las primeras memorias, a Rogelio le marcaron con ardiente presión la importancia estratégica del silencio. Cuando los interrogatorios políticos bajaban por las altas montañas, inundando los pequeños valles como pozos, el arma de la supervivencia de un campesino que solo se dedicaba a los ardores de la tierra, consistía en guardar un silencio sombrío de fantasma que después de mucha insistencia se rompía con un soplo levemente audible: “Yo de eso no sé nada”.

“A mi papá, a veces, lo querían meter en el mismo saco de los pájaros, pero él, callado y un poco ensimismado, se agachaba para desyerbar con los oídos sordos simulando una confusión que siempre terminaba por agotar al remitente. Otras veces le gritaban los vecinos a caballo que se decidiera de una vez por todas y que se alzara con ellos en la roja aventura del atardecer, que la noche llegaba, que no iba a salir otra mañana y que no iban a tener a Dios como testigo; mi papá rezongaba, con el escepticismo de una cosecha en temporada de lluvia y al no escuchar ni un sí, ni un no, los señores daban vuelta revolando el poncho hasta una nueva oportunidad, porque ‘ya lo vamos a convencer a este montañero de nadie’”.

Un poco exhausto, Rogelio deja caer el cuerpo sobre un saco lleno de costales y recuesta la espalda cómodamente contra una pared cubierta de cal. El sol ya se encuentra en sus cinco de la tarde y en esta montaña se filtra un denso amarillento antes de la noche, justo cuando todo se acerca a ese negro viscoso que no puede resolverse ni con la más blanca luz de luna.

Fueron al menos diez minutos en que nos quedamos embelesados con el atardecer. Él cruzó las manos arriba de la sedentaria panza que se le acumulaba sobre los muslos. Sus brazos son anchos pero no demasiado largos; tiene la barba poblada alrededor de un rostro redondo, los ojos ennegrecidos con los párpados pesados en los extremos y una mirada fija que desde su estatura mediana impacta con un gesto de drama en la parte baja del rostro. El cabello enrulado se le quedó lleno del polvo que estuvo soplando durante todo este día de verano.

Encima de los casi tres mil metros cuadrados que se delimitan por una



por CAMILO MOLINA

Ilustración: Verónica Velásquez

cerca de guadua carcomida por los bichos y vencida por el tiempo, Rogelio ha visto pasar los colores de las plantas de frutas, de las verduras, de los altos pastos para las vacas, de las yucas y de las papas, de las guayabas derretidas por los gusanos en el desperdicio de la abundancia; pero nos cuenta que desde hace más de veinte años que aquí no prende más que una piña negra y una pálida cebolla morada sin sabor; “es la misma desgracia seca de los primeros años, de cuando era un niño y jugaba con la cara tiznada por la tierra, como esos mineros en los huecos de la montaña”.

Ahora que se está armando un tabaquito con una picadura negra, se le despabila la mandíbula y por primera vez en varias horas enseña los dientes. “Antes la rabia era por la rabia y no había que ponerle razones a cada pendejada, la rabia

el aire a golpe de un mortal filo de machete. “A mi papá le hicieron pedazos una silla en la cabeza por no terminar de decidir su color en la política; la indecisión lo dejó de color rojo, ante la duda lo volvieron liberal y no eran buenos tiempos para ser liberal aquí en el pueblo; esa gente se volvió de repente el peor enemigo de Dios y de sus fieles”.

Rogelio tuvo la primera sonrisa de la tarde justo en el momento en que la emoción le dejó narrar la cruda reacción de su padre cuando todavía tenía pedazos de madera enredados en el pelo. La historia de esos dos golpes de sable propinados por las manos de su progenitor contra su atacante, lo apartaron de la repelente seriedad que mantuvo por varias horas y supuso un paréntesis para tomarle confianza y batallar con dos o tres temas más en esta charla que se acerca peligrosamente a la hora de dormir.

Un tío suyo, que recién se paraba en frente de la escena, le contó que al desafortunado némesis, acérrimo pájaro de las filas conservadoras, lo sacaron de la cantina con los brazos pendiendo de un hilo, desmayado por el dolor y con los ojos abiertos, naufragando en el blanco de la ausencia de sangre que hacía manchas y charcos por todo el lugar. “A mi papá nunca se le ocurrió contarme los pedacitos fuertes del cuento porque no quería que lo viera como a un matón arrabalero que atacaba de borracho con la ira de un inconsciente; mi tío Anselmo era el que tenía esa maña incorregible de hablar y de hablar, no era capaz de guardarse las cosas, un chismoso enfermo y sin cura”.

Por aquí han pasado diferentes caras de la violencia, pero más allá de los bandos, de los partidos, de los colores, de las armas, de la diplomacia y de las sorpresas, nadie tuvo nunca en cuenta a los demás, a los otros, a los habitantes del pueblo, a los campesinos de las veredas, a los recogedores de los escasos frutos en esta aridez eterna, a sus bestias en la búsqueda permanente de los brotes verdes en las montañas, ninguno de esos energúmenos intransigentes con sus disfraces de color de tierra o camuflados como la selva, con los rostros cubiertos de pasamontañas o gorras que ensombrecían la zona baja de sus frentes, voltearon a mirar a las víctimas, a los inocentes originarios que solo cumplían con el pecado frecuente de errar con su derecho al voto, eligiendo a personajes que no eran más que una sombra visible en tiempo de campaña que luego se volvían una sombra invisible en tiempos de gobierno.

De las manos de Rogelio surgen señales inequívocas de un dolor áspero en una vida marcada por un doble infortunio. El cansancio acumulado de los años ya no le permite conversar mucho más que un par de horas. Le ayudará a ponerse de pie para dejar atrás esa cama improvisada de costales y dejarlo caer sobre la hamaca que ha colgado en un oscuro corredor invadido por el sonido de los grillos. Ahora, en este tímido momento de paz sin armas, solo los bichos dan guerra contra el silencio. ☺

Elogio cargado de los argentinos

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Camila López

Entre los países latinoamericanos la Argentina se distingue bien por su carga doble de defectos y de grandezas. Comenzando por la grandeza ilímite de las pampas, que produjo unos personajes inolvidables en la historia de las letras del subcontinente, hechos de leyendas de cuchillos y de refranes amargos de resentido; y siguiendo por las interminables extensiones de la Patagonia, donde a veces, según las agencias de turismo, es posible caminar al lado de los pingüinos. Así como Argentina tiene a Borges, tiene el privilegio del vecindario de los pingüinos, esas aves incapaces de volar, de andar torpe y vacilante, que apenas se encuentran fuera de la Antártica. Alguna vez hallaron uno extraviado en el Ecuador, en las islas Galápagos, según me dijeron. Pero es fácil encontrar argentinos, aunque no sean pingüinos, en cualquier lugar, haciendo el papel de payasos o ganándose la vida con las mentiras de los publicistas o cantando vidalitas o tangos, o chacareras, o haciendo nada, viviendo, como se dice, de la pinta.

Con razón los antioqueños se entienden tan bien con los argentinos. Los une el amor por el fútbol. Y la pasión por los tangos. Y argentinos y antioqueños tienen fama universal de trashumantes y arrogantes. Acaban de desenterrar el fósil del más grande de los dinosaurios conocidos. Como el ego de algunos argentinos de paso por los espejos de un coctel.

Pero los argentinos pueden ostentar sin incomodidad el orgullo de otro montón de cosas auténticas. Puede ser la ignorancia, pero uno tiene la impresión, por lo poco que sabe, de que el período de la colonia fue menos pesado en Argentina que en otros lugares del continente, y de que los tiempos del nacimiento de la república también parecen menos sombríos que los padecidos por nosotros. Su padre fundador, cumplida la tarea, se sacudió las manos y se fue a vivir a Europa sin muchos aspavientos, protegido por la vida familiar. El nuestro, Bolívar, el millonario venezolano, esbirro de los ingleses como Canning, de cuyas grandilocuencias parece descendiente, se quedó haciendo moños, en el papel trágico del peripatético que muere de camino, obsesionado por los sueños paranoicos de todos los que aspiraron un día a ser napoleones.

Dicen que las migraciones de europeos hacia la Argentina propiciaron allá un modo de ser. Que se refleja en sus literaturas a veces. Polacos, alemanes y judíos, italianos y rusos acudieron a probar suerte en la floreciente nación, salvada de los desórdenes tropicales de los mejicanos y de las escaramuzas de los generales que se disputaron las naciones de Bolívar, desmembrándolas en unos procesos pavorosos aún por interpretar.

Huyendo de las locuras de la razón europea, en esas extensiones casi inhumanas del sur de América, millonarias de vacas, corderos, y trigales, los inmigrantes convirtieron a la Argentina en el granero del mundo, en el primer productor de cueros para los zapatos de todas partes y de las lanas de todos los abrigos. Puedo estar exagerando, pero al fin y al cabo estamos hablando de los argentinos y las hipóboles les cuadran.

Alguien haría bien en ponderar el protagonismo del trigo en la historia humana, desde José el soñador que se empoderó, como dicen ahora, de los depósitos del faraón y dominó sobre los panaderos. La crisis del trigo en Chile fue decisiva para la caída del Frente Popular de Salvador Allende. Como lo fue para el derrocamiento de la monarquía en la Francia revolucionaria. Calibán, el columnista colombiano más influyente en Colombia en el siglo XX, dijo una vez que el precio del pan era una cuestión de orden público. Pero esto es harina de otro contar. Algunos preferimos las arepas.

La Argentina tiene un culto: la vieja. Es decir, la madre, la madre a quien rinden tributo tantos tangos, junto a la prostituta, o percanta, otro personaje de peso en el imaginario argentino. El complejo de Edipo podría ser el complejo distintivo de estos americanos estrambóticos que según el chiste manido descienden de los barcos, no del mono. Como todos sabemos, los compatriotas de Borges, quien jamás se resignó a vivir lejos de la tiranía materna, tuvieron en el siglo XX tres mujeres de poder, señeras: Evita Perón, una exbailarina que peroraba desde los balcones de gobierno a favor de los desca-misados, envuelta en perlas legítimas, con aretes de zafiros

auténticos para no humillar con sus diamantes, y rociada con las mejores esencias de Francia, del brazo del general Perón; Isabelita, la segunda esposa del chafarote fascistoide, una que se rodeaba de brujos y que les sirvió de prólogo a las dictaduras militares que reeditaron el genocidio racional de los nazis; y Cristina Kirchner, heredera por su marido de una banda de ladrones, que en nombre del socialismo del siglo XXI parasitaron la nación hasta dejarla extenuada, en los huesos, poseídos por la gula del papel moneda.

Los argentinos hicieron con su riqueza lo que pudieron. A salvo de la influencia española, o mejor dicho, mitigada la influencia española con los aires del mundo, Argentina prosperó sin remordimientos. Construyó palacios que asombraron su tiempo en la ciudad capital junto a un río compartido. Buenos Aires representó para el mundo una especie de París latinoamericana. En perpetuo intercambio de *grelas* con Francia, de *grelas* cocainómanas de erres embotadas que desfallecían en un lupanar del suburbio bonaerense, y de *grelas* criollas de Palermo o Boedo, que las luces de París aplastaban sin misericordia, mientras añoraban las glorias de la juventud y la seda.

Los argentinos han sido acusados de muchas culpas que son inconscientes de corroborar. De vanidosos, por ejemplo. La enciclopedia de los chistes sobre la vanidad de los argentinos ocuparía una habitación borgiana de recovecos infinitos. Tanto o mayor que la que ocupa la de los chistes sobre la tontería de los pastusos y los polacos, grandes comedores de papa. A propósito, dicen que el consumo inveterado de la papa puede convertir el cerebro en papilla, literalmente. La papa, como muchas otras plantas venenosas pertenece al grupo de las solanáceas y a los llamados alimentos tamásicos, que suelen excluir de la dieta los aficionados a los frutos aéreos. Al parecer, César Vallejo murió no de tuberculosis como les gusta defender a los esnob que se empeñan en mantener el prestigio de esta enfermedad romántica, sino de una intoxicación por la solanina de las papas en mal estado que era lo único que su pobreza le permitía comprar en los mercados de mala muerte de París, donde al fin entregó el último suspiro, un viernes, además, para que todo le saliera mal, hasta las profecías.

La papa resiste, sin embargo, como acompañamiento del asado. Para que las cosas me cuadren.

Hay argentinos como Borges con el encanto de los farsantes, de buenos modales como su propia prosa. Hay argentinos como Cortázar entre el dadá y las curdas de los argentinos en Europa, engolosinados en el sentimiento del desarraigo. Hay argentinos extrargentinos como el poeta José Portogalo que leímos tanto en la adolescencia acrítica. Y argentinos del estilo negro de Sabato que al fin se mueren de tristeza. Y argentinos perfectamente detestables como el futbolista Maradona. Un gamberro que tuvo el genio de la raza humana depositado en las patas. Cada generación de argentinos tiene su héroe en el olimpo del deporte de los zapatazos, desde Pedernera. Los argentinos son dados a las imitaciones inglesas: los hipódromos, el fútbol y el rugby, por ejemplo.

Pero sería de nunca acabar la lista de las cosas que molestan de los argentinos aún entre quienes los queremos. Sus costumbres ortológicas, por ejemplo, la manía de convertir la elle en che, en las clases más bajas de una manera incluso ofensiva. Y el Che, ese criminal sacralizado por las ideologías, un argentino que estuvo por suplantarlo a Cristo en las décadas del jipismo y las alucinaciones del ácido lisérgico mezclado con las cartillas marxistas que llegaban de Moscú a precio de huevo, y cuyas tácticas aún sigue la bobería de los bobos, bobos y peligrosos, que enloquecieron a Mahoma y aún creen en el paraíso, esa fantasía de beduinos. Algunos argentinos afirman en su osadía que Dios es oriundo de ese país desmesurado. Disputando a los antioqueños la cuna del gran tirano que rige las religiones monoteístas.

Pocos países como Argentina, entre los del subcontinente suramericano, que hablan en castellanos tan distintos, pueden envanecerse con más autoridad que la autoridad de su carácter. Y tengo una prueba obvia: el primer papa latinoamericano solo podía ser argentino. Y jesuita. Para ajustar. El primer papa latinoamericano. Y el primer jesuita y el primer Francisco, para que abunde.

Quién sabe lo que le pasó a Argentina. El papel de proveedores del trigo del mundo pasaron a asumirlo los dos imperios en pugna en el siglo XX, Rusia y los Estados Unidos. Los rebaños de ovejas que llenaban las pampas disminuyeron radicalmente. Al igual que los hatos de vacas innumerables. Todo languideció misteriosamente. Y entonces apareció la versión argentina del tirano latinoamericano con Juan Domingo Perón. Un protector de los nazis en fuga después de la Segunda Guerra, que acabó siendo el mascarón de proa de la izquierda argentina, por una transmutación milagrosa.

Porque así son los argentinos: capaces de convertir en el símbolo de la izquierda a un militar de la extrema derecha. Pero la izquierda es lo mismo que la extrema derecha en todas partes. O en todo caso suelen parecerse mucho.

La misma Argentina, con sus desmanes aprendidos en la cartilla de su hijo el Che, provocó la reacción espantosa de sucesivas dictaduras militares que recrearon con una eficiencia y una sistematicidad alemana el terror del infierno, en Buenos Aires y Córdoba. Argentina vivió la experiencia macabra del aventurerismo de izquierda, que llama casi siempre a la brutalidad convertida en razón de Estado, de un modo incomparable con nada que haya sucedido en Latinoamérica ni antes ni después.

Argentina tiene otro privilegio. Inventó el tango. El único folclor urbano en Latinoamérica. Solo los Estados Unidos con el jazz, y Argentina con los aires tangueros, crearon en América un folclor urbano. El tango tiene una dignidad religiosa que lo emparenta con el jazz. El jazz y el tango son híbridos, música de templo mezclada con sonos de lupanares. Aunque en el tango es más evidente el arrepentimiento del pecador. El jazz se resigna y convierte la aceptación en plegaria. El tango ruge. Lloran en el violín y ruge en el bandoneón. Hay una serie muy interesante de tangos blasfemos: *Desencuentro*, *Cambalache*, *Tormenta*. Y

de tangos dulces, ejemplares del peor romanticismo como *El día que me quieras*, o *Caminito*.

Hay tangos llorones. Muchos. De sobra. Son esos que se dedican a declarar la pobreza, las historias grises de las muchachitas llegadas de Italia que acababan sucumbiendo a los abrazos de un mequetrefe de buena clase, para terminar abandonadas, tosiendo, y sin zapatos ni vestidos, en la milonga de algún motel de mala muerte, después de cambiarse el nombre verdadero de Margarita por Margot. Aquí mismo tengo un amasijo de tangos viles, en cedés y en vinilos, en el silencio de los gusanos aplastados. El bandoneón es un gusano, si bien se entiende. Por la forma y la voz. El gusano de los instrumentos eclesiásticos de Alemania que apareció por la gracia del diablo en los inquilinatos de Buenos Aires, para servir a una música de bastardos, acostumbrados a fracasar y a llorar.

Esos tangos que se escuchaban en las cantinas de Medellín en mi adolescencia, en Manrique, o en las noches arrastradas de Guayaquil entre bote-llazos y garrotes de policías, se me quedaron empegotándome el alma. No me avergüenza confesar mi gusto por los tangos. Y puedo decir, sin exageraciones argentinas, que me los sé casi todos. Y que no los canto mal del todo. Como lo saben mis vecinos.

No es por molestar a los antioqueños. Pero tengo que reconocer la verdad: en Medellín se oyen los tangos más mediocres, los de Oscar Larroca, por ejemplo. Y los de Angelis y Enrique Rodríguez. Tango para el consumo, trivial. O entre los buenos, a lo sumo los ortodoxos de las orquestas como la de Francisco Canaro, que exploraron con éxito el llamado tango canción, un tango saneado, que pudieran escuchar las muchachas de buena familia, las únicas que tenían radio, y las señoras ricas de

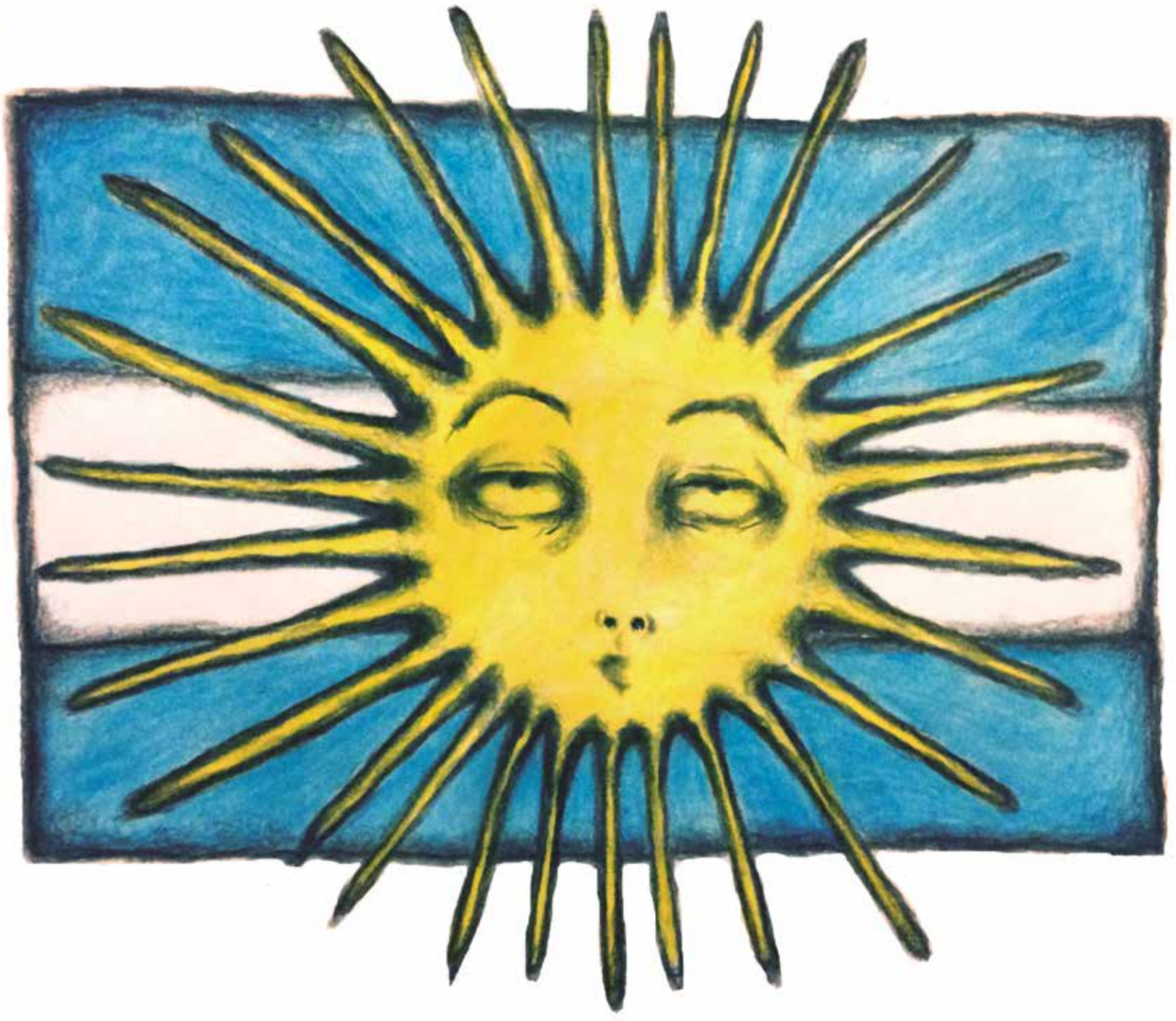
París, que asistían luciendo sus estolas de armiño a las veladas de unos borrachos de Buenos Aires. El tango no tiene que ser siempre rastrero. Aunque lo mejor del tango, aún del adecentado, es que está tocado de un tinte de vileza que lo hace reconocible entre todos los otros aires de este mundo desquiciado.

La ciudad que oye mejores tangos en Colombia es Manizales. En Manizales entienden bien esos tangos distintos que faltan en las pianolas de Medellín. Ejemplares de la mejor música del siglo XX. Tangos hechos para el baile, para la danza, más que para las palabras, para el lucimiento del rezongante bandoneón, experto en protestar, y que es el protagonista de esa música amarga, ayudado por los arabescos del piano, y el clamor del violín en su cuerda más pendencieramente romántica. El tango de la vanguardia en Medellín es escaso. Osvaldo Fresedo, Osvaldo Pugliese, Horacio Salgán. Son otra clase de tango. Distinto del cabrero que a veces alcanzó sus cumbres en *Vieja reco-va*, por ejemplo, o en *Mandria*, de Juan D'Arienzo. Yo no sé si el papa actual hace un par de pases de tango en sus habitaciones particulares antes de meterse en la cama después de un buen día de trabajo, o entre los rafaels de su oficina, antes de sentarse en su escritorio con estilógrafos de plata, porque desdeña muy franciscanamente los de oro.

Una de estas noches merodeando por las autopistas de la red, encontré un tango que es el motivo último de esta prosa. *La Yumba*. De Osvaldo Pugliese. Hay varias versiones en Youtube. La de Mederos, la última, agradable, como todo en Mederos, con esa humildad suya tan rara, de argentino puro, que deja ver el ribete. La de su autor con la ayuda de Piazzola, que no necesita parecer humilde porque nadie le creería, o con su propio conjunto en el Teatro Colón, que es incalificable.

Marcha funeral y guerrera. La soberbia del derrotado. El piano abre la obra con un acorde al desgaire, y sigue al grupo como desacordando, armonizando, como fuera de tono. Discreto, a veces logra imponerse al cuerpo de los gusanos bandoneando. Y luego, la cadencia del violín necesario que parece una cita de otro tango, emprende el camino hacia el final. Y todo culmina en una disolución, en el polvo de un acorde desfalleciente, más de orgullo por el deber cumplido que de fatiga.

Buenos Aires dio para que Osvaldo Pugliese escribiera *La Yumba*. Esa cosa masiva, que a veces recuerda a Bela Bartok por lo rotunda, que encuentra de pronto un lugar común del tango donde llora un violín, y, como se hace en los tangos más arrastrados, cierra con un acorde fantasmal, insinuación de nada más. Porque *La Yumba* se basta. Como fenómeno natural. Según la prescripción de Schopenhauer, que separaba la música de las otras artes, porque no necesitaba justificación ni comentarios. Alguien dijo que *La Yumba* es el segundo himno nacional de los argentinos. Quién sabe. Yo la escuché por primera vez apenas este año del Señor de 2017. Y quedé pasmado ante el poder del bandoneón. Ese animal de teclas. Plástico. Que se toca con los brazos y con toda el alma que cada cual puede poner en la tarea. Porque también en el bandoneón hay jerarquías. Desde el aflautado de Juan Maglio y los de Greco y Maffia y Joaquín Mora, un bandoneonista negro que vivió en Medellín, y Troilo, y Fresedo, y Piazzola, claro, que como Borges que escribía letras de tango, los despreciaba, pero los tocaba porque de algo hay que vivir. A propósito, una novia de Manuel Mejía Vallejo, que fue muy amigo del Negro Mora, le preguntó en qué se diferenciaban el acordeón y el bandoneón, y este respondió, con esa cortesía de negro argentino tan lejos de la patria: señora, el bandoneón es un instrumento musical... Y que me perdonen los vallenatólogos. ☺





Triollo gourmet

por CLAUDIA ARIAS VILLEGAS

Fotografías: Juan Fernando Ospina

“El ascensor se abrió y sentí unos aromas nada gratos, había muchos reflectores y filas para el bufé y el olor era cada vez peor, me costó identificar de dónde provenía”. Comenzaba la década de los setenta, plena Guerra Fría. En invierno y con un presupuesto que no admitía reparos, Julián llegó a Moscú, vía Ámsterdam, proveniente de Bruselas, donde se encontraba estudiando administración hotelera; tarde en la noche el restaurante del hotel estaba cerrado, así que se acostó sin comer, esperando con ansias el desayuno —su comida favorita—, hasta que apareció este olor en la mañana.

Mientras él soñaba con unos huevos, panes y café, los samovares le ofrecían repollo cocido, puré de papas, salchicha hervida y kumis; a sus veinte años, aquél que se convertiría en Doña Gula años después, fue capaz de medirle a sabores tan distintos a los de sus orígenes para esa hora del día. No

lo pensó: pidió un desayuno más parecido a lo que le era habitual y pagó por él una pequeña fortuna que por supuesto no le sobraba.

En la calle la temperatura era de -27 grados centígrados. Un hombre que presenció la escena le dijo: “Si usted no desayuna lo que es habitual aquí en esta época, se va a morir de frío”. Para Julián estaba claro que la propuesta del menú no era un asunto solo cultural, aun así, “los jugos gástricos no están preparados para cosas tan diferentes”. Esto lo dice quien además sostiene que come de todo: “No soy remilgado”, y el mismo que pasó de 58 a 91 kilos con dos investigaciones de cocina que hizo para la Presidencia de la República entre 2005 y 2009, viajando y probando a lo largo y ancho de Colombia.

Julián Estrada, Doña Gula, administrador hotelero, antropólogo urbano, fabricante de borrachos, profesor de kínder en un colegio francés, ejecutivo de cuenta de publicidad, restaurador,

viajero, escritor, buena copa, contertulio, sociable, solitario, feminista, ladrón de neveras, comedor furibundo de quesos, alquilador de fincas, maestro sin necesidad de aula, generoso, vanguardista, amante de la tradición, catador de desayunos, explorador de cocinas y preparaciones, visitante de plazas de mercado, investigador incansable, jazzista culinario, televidente de programas de humor sin volumen, coleccionista de sombreros, estiloso, sagaz, sabio...

Entre la tradición y la vanguardia

Julián representa la contradicción, o más bien la dualidad, en un sentido entrañable. Un bogotano de ancestros y crianza antioqueños, amante de unas montañas que nunca lo han encerrado, y que más bien ha sabido conquistar, en un coqueteo que lo ha llevado lejos y lo ha traído de regreso. Del colegio Jorge Robledo, con cartón de bachiller de 1969, saltó a un barco que lo transportó

a Europa a estudiar administración hotelera, cuando unos meses antes no sabía siquiera que esta era una carrera que podía cursarse en la universidad.

Cuenta que lo motivó el dueño del Hotel Europa en Medellín cuando él era un niño, de él escuchó sobre la hotelería como profesión. Escribió una carta en español en una máquina Olivetti que había en su casa y pidió una beca, así no más, y se la dieron. Bélgica era el destino. Atrás dejaba a su mamá Lola Ochoa, viuda, y a sus cuatro hermanos, lo esperaba un mundo desconocido y la certeza de su amor por las ollas.

Cinco años en Europa y un empleo eran una tentación para quedarse, pero entonces recibió un casete de su mamá contándole cosas de Medellín, de la familia, y oír su voz se lo hizo imposible: “Soy el subcampeón del complejo de Edipo, digo subcampeón, porque seguro por ahí está el campeón”. Otra vez las montañas, otra vez las mujeres que tanto lo han influenciado, otra vez Medellín.



Cruzar un océano, mirar el mundo y retornar a conquistar el terreno, regresar sin ínfulas de gran señor, con la certeza de que el camino está en la dignificación de lo propio, aprender de la vanguardia, para venir a defender la tradición. Ahora parece obvio que predicar el amor por lo autóctono y reivindicar los sabores ancestrales resulta un mantra efectivo para cocineros y periodistas, pero cuando Julián se hizo estudiante de Antropología en la Universidad de Antioquia a mediados de 1970 y soportó los paros de la época; cuando dedicó dos años a la investigación de su trabajo de grado “Antropología del universo culinario” teniendo como base la finca La Oculta de la familia del escritor Héctor Abad —que inspiró la novela del mismo nombre— y visitando veintidós municipios del suroeste de Antioquia; cuando eso, nada de lo que él hacía estaba de moda: ni el campo ni las matronas cocineras ni la cocina en leña ni los sabores propios.

Para él la reflexión esencial de la cocina fue algo natural: “Teníamos vergüenza” y si bien había escritos sobre temas conexos, no había una investigación en cocina colombiana propiamente dicha, por eso encontró ahí un buen filón, un filón que lo ha llevado a escribir más de cuatrocientos artículos de prensa, muchos de ellos con el seudónimo Doña Gula que bien supo ponerle Julio Posada, fundador del periódico *Vivir en El Poblado*, donde escribió por más de veinte años. Esto sin contar las charlas que ha ofrecido en seminarios y congresos, sus investigaciones y la creación hace diez años del restaurante Queareparaenamorarte en El Retiro.

“Yo soy contestatario, anarcopacifista, no me casé, no tengo hijos, no tengo esa curva de la vida, de alguna manera eso hace que viva de forma también diferente”. A ello llegó, piensa, por una carambola que hizo en algún momento, y no de manera deliberada: “Hay un egoísmo con el cual me acostumbré a vivir”. Autosuficiente desde hace rato, también en los temas de estudio, cree que estudiar antropología fue un acierto. Renunció a la acumulación de dinero en cantidades, “y me ha ido bien de todas maneras”. La cocina es la gran cantera de la cual se pega todo lo demás,

un tema que también lo ha hecho evolucionar como ser humano y que sigue mirando desde su punto de vista, así que ahora que muchos están con el “vanguardismo” culinario, él sigue en el rescate de la cocina de leña, la que más tiempo nos ha acompañado. “La tradición siempre va en contravía de la modernización, ser conservador es ser un güevón. Lo único que va a quedar en este mundo homogenizado, son las pequeñas minorías que se opongan”. Y no creo que Julián se diera cuenta de que hablaba de él mismo cuando se refería a las pequeñas minorías que se oponen, pero sin duda un espíritu como el suyo prevalece, un alma libre que se adapta a las nuevas tecnologías, pero que, con igual ahínco, defiende el valor de tradiciones muchas veces desdeñadas, cuya trascendencia la historia y hombres como Julián, reivindican.

Máquina de moler

La cocina siempre ha sido su espacio, allí aprendió a preparar alimentos de la mano de su mamá y de Carmen Rosa, quien trabajó 45 años en casa de su abuelo y de quien Julián se volvió ñaña. La influencia de su mamá se mantiene a lo largo de su vida, conoce el recetario de toda la familia gracias ella: “No era una mujer culta en temas de escuela, pues cuando llegó a vivir a Medellín con su familia, muy orgullosa no quiso entrar a la escuela pública”, así que leía y firmaba, poco más, pero tenía un gran sentido común. Se convirtió en el ama de casa y con ello en una gran cocinera, que preparaba todo el recetario de familia antioqueña, sin libros, todo era su propia versión: posta, sudado, fríoles, dulce de coco, velitas, cucas, tortas y más.

De la cocina de la casa, Julián ha saltado incesantemente a otras cocinas. Llegar a una finca, buscar este espacio entrañable, identificar a la encargada de preparar las delicias propias de cada lugar, quedarse con ella, conversar, indagar, sapotear, un recorrido de amores y sentidos a lo largo de toda su vida que hoy está plasmando en su libro *Mis cocineras*. No tiene distinguos de orígenes o condiciones sociales, porque lo han influenciado su mamá, Carmen Rosa, innumerables mayordomas, y mujeres como Martha Luz del Corral,

quien, por ejemplo, le dio la receta del steak pimienta de la Bella Época de Medellín, inolvidable para quienes la probaron, y que hoy Julián sirve en Queareparaenamorarte como plato especial del día.

Su definición de cocina es holística: “Lo que menos la define es receta, en cambio es huerta, agricultura, botánica, zoología, comercio, mercado, química, geografía, historia, superstición, semántica, literatura, amor, sexo...”. Para él, nada como el fogón y el horno de leña y la máquina de moler; cuando proyectó su restaurante, cuyo concepto describe como “cocina criolla de dedo parado”, estaba claro que la cocina sería como las de sus recuerdos, con mesones de madera y fruteros llenos de productos de temporada, además, claro, con la leña como medio de cocción, convencido de que estamos por vivir las últimas décadas de este método. En su casa usa gas y luz eléctrica, pero el microondas nunca ha sido bienvenido.

Con las raíces bien puestas en El Retiro, a donde se fue a vivir hace diez años, Julián se sigue desplazando de aquí para allá. Frecuente alquilador de fincas, pero de las “de verdad”, vienen a su cabeza Montenegro y La Cortés; quizás esta costumbre, en lugar de la de comprar una finca, provenga de lo que decía su abuelo Eleázar Ochoa: “No hay que tener fincas, hay que tener amigos con fincas”, y Julián los tiene, pero también le gusta alquilarlas, alguna vez puso este anuncio en el periódico: “Busco finca en el suroeste, preferiblemente de arquitectura de chambrana, sin jacuzzi, sin piscina y ojalá con señora que sepa hacer arepa y fríoles”.

Un mundo propio

El estilo se construye desde un mundo interior poderoso. Es sábado, Julián me recibe en Lantigua, su casa en las afueras del pueblo; viste pantalón color ladrillo, camisa polo beige, chaqueta caqui de cuyo bolsillo asoma un pañuelo de bolas también beige. Galante, amoroso; su voz es recia, pero dulce, una persona con la cual se siente bien estar, bienestar, el justo antónimo de lo que la sicología denomina persona tóxica; Julián es justo lo opuesto: una persona antidoto.

Tiene clara la importancia de la serenidad, así como el hecho de que la felicidad no es una constante, “pero la serenidad sí puede serlo, se trata de controlar la psique”, y me explica que, como una decisión vital, el afán salió de su vida hace ya buen tiempo: “Soy el primero en los desayunos de los hoteles y en los aeropuertos, no me gusta correr para nada”.

Lo de la serenidad no es cuento, la vive en los días ordinarios, y también hace gala de ella cuando ha debido enfrentar los que llegan con sorpresas no siempre gratas, como la enfermedad. No fue fácil mirar Lantigua antes de cerrar la puerta rumbo a una cirugía que su médico describió como “una intervención muy delicada”, para atacar un cáncer que descubrieron tras una noche de buenos tragos, como los que suele tener, y al haber sido infiel a su práctica de tomarse solo un vaso de leche o una jarra de agua y no comer nada antes de irse a dormir.

Esa noche de principios de 2016 le dio por prepararse unos huevos con hogao y al otro día se levantó tan indispuesto que, “sentí que me habían llamado al infierno y no me habían dado visa”. Tras el diagnóstico, su médico le habló sin eufemismos: “Usted está muy grave, lo tengo que operar de urgencia y es delicado, tiene una masa en la cabeza del páncreas”. La operación, planteada para unas tres horas, tardó más de siete, “y parece que me fui dos veces... pero desperté y estaba vivo, así que pensé: si quedé vivo, vuelvo a enderezarme y a salir de esto”.

Y aquí estamos, mojando la palabra como rezaba un aviso en Niágara, una de las tiendas de esquina más famosas que ha tenido Medellín, que Julián compró en 1989 para “hacer antropología urbana y aplicada” y vendió dieciséis años después para irse a una vida más calmada. “He sido muy buena copa”, cuenta. Cervecer en su juventud, en Bélgica quedó segundo en un concurso tras tomarse diecinueve pintas; también fue buen aguardientero: “Lo disfrutaba y lo aguantaba”, y cita a su amigo Carlos ‘el Capi’ Escobar, gran tomador de aguardiente ya fallecido, quien le decía: “Juliancito, al que no tome aguardiente no se le ocurre nada”. En sus años pos Niágara ha disfrutado más tomarse un par de whiskies y fumarse un cigarrillo al mediodía; también le gusta un vodka, una ginebra y a manteles su aperitivo es un jerez, un buen Tío Pepe.

Tras la cirugía, no obstante, estas licencias están algo limitadas, así que se le ve con una coquita con uvas o saboreándose una mandarina a las once de la mañana; no hay lío, Julián se mueve al ritmo que se le va planteando, su vida no está definida por absolutos. Procura evitar la rutina, variar, si bien la hora de levantarse y acostarse es lo que menos cambia.

“Me levanto con horario de ordeñador, entre las cuatro y las cinco de la mañana, lo cual me da un rango de horario de desayuno largo (para poder repetir)”. Pero su comida favorita no es nada rutinaria, mantiene un espectro de unas diez alternativas diferentes: tinto negro con dos buñuelos o pandequeso; arepa con quesito y café; carne asada —pierna de cerdo o solomito—; migas de arepa en seis o siete versiones; desayuno gringo con *pancakes* o *waffles*; Corn Flakes con leche; pizza recalentada con Coca-Cola; frisos calentados y huevos en todas las versiones (con jamón, rancheros, tibios...); además ama las mermeladas, mieles y panes.

Julián vive en dos niveles de relación: “Fabrique borrachos por dieciséis años, y en ese entonces tenía una vida con mucho ajeteo desde el mediodía, pero aún en aquél tiempo, viviendo en Medellín, lograba el recogimiento en mi casa Isla de Jamaica en Envigado, en una zona que para entonces era todavía muy rural”. Tanto antes, como hoy,



ha combinado la vida social y estar con gente, con su recogimiento. De sus 66 años, más de cincuenta ha vivido solo.

Hoy en día su espacio social por excelencia es el restaurante, en el cual los sábados su jornada se parece a la de un médico en su consultorio del pueblo. Antes de empezar “consulta”, entra a la cocina, abre un par de ollas, prueba de esta y de aquella, da las instrucciones del caso y sale de nuevo para dejarlos hacer lo suyo; nos sentamos en una mesa redonda en la parte delantera, donde funciona el bar. Se sienta con su agenda, su iPad, carpetas con información de distintos proyectos, el libro *Los informantes* de Juan Gabriel Vásquez —dice que no es buen lector, pero nunca le faltan libros—, unas ediciones de *Cocina Semana*, revista en la cual también escribe y una copia de su último libro *Doña Gula*, editado por el Cesac.

La jornada incluye reuniones con el personal de cocina y servicio del restaurante, cita con un grupo de estudiantes de Comunicación Audiovisual del Politécnico que realiza unos videos con productos típicos colombianos y visita de una estudiante de Comunicación Social de Eafit que hace su trabajo de grado sobre la cocina tradicional del

Chocó. Entre unas y otras se intercalan proveedores de los productos artesanales que se usan de insumo en el restaurante y hasta aparece Carolo a llevar la última edición de su periódico *El Pelizco*. El mediodía va entrando y los clientes desfilan, algunos pasan directamente a saludar, otros anuncian su visita con alguno de los meseros, quienes le llevan a Julián el mensaje para que pase por sus mesas a saludar.

Son las dos de la tarde y seguimos allí sentados, ya nos llevaron algunas empanadas y otras de las frituras, pero van horas de trabajo y a Julián no se le ve asomo de fatiga, comparte su tiempo y conocimiento sin reparos. Sabe con quién abrirse, Elizabeth es su compañera de vida desde hace más de una década, aquella con la que sale de viaje dentro y fuera de Colombia y con quien ama tomar algún bus en El Retiro para irse a desayunar a la plaza de mercado de alguno de los pueblos cercanos, a ella, solo a ella, que además es la cantinera del bar (así se presenta), le hace un gesto de cansancio y le dice: “Me estoy muriendo de hambre”. Es hora de una pausa, que Elizabeth atiende con amorosa generosidad, para después sentarse en la mesa a compartir un tardío almuerzo tardío.

Antes de que caiga la tarde, Julián está listo para ir a casa a recogerse, para disfrutar de su innegociable esfera privada. En el restaurante todo marcha y allí está el personal que lo acompaña desde hace años para esmerarse por un buen servicio, como él mismo lo indica, “no somos un lugar de alto protocolo, pero tratamos de cumplir con las normas de la mejor manera”. Él aprenderá la televisión para ver Sábados Felices sin volumen, que solo subirá cuando presenten alguna parodia, dormirá la programación y seguro ejercerá como buen ladrón de nevera que es.

Dormirá tranquilo, porque como me lo dijo en algún momento sentado en su hamaca, junto a la chimenea y de espaldas a uno de los muchos ventanales de Lantigua: “No tengo peleas ni rencores”, yo ya lo sabía —pienso—, pues si algo me ha quedado claro de las horas que Julián me regaló para vivir un pedacito de su vida es esto, la bondad de su ser. Su presencia ha resultado para mí el mejor antídoto y en estos tiempos en que nos dicen que la comida sana, imagino que con el mismo gusto que él ha alimentado su cuerpo y su espíritu, alimenta el mundo de quienes le rodean. ☺



Desayuno en Santo Domingo, Antioquia.

es confianza

que a nuestros asociados les hace brillar los ojos

www.confiar.coop

Síguenos en:

cooperativizando para el bien vivir

45 Años

SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

VIGILADO

Maestría en ESCRITURAS CREATIVAS

SNIES 104806 Medellín. Resolución 12108 del 5 de agosto del 2015 con vigencia por 7 años

»»Dirigido a personas interesadas en realizar proyectos de creación, en géneros como novela, relato y crónica, entre otros.»»

»»Duración: 3 semestres | Modalidad: presencial.

INSCRIPCIONES ABIERTAS

www.eafit.edu.co/posgrados

Medellín | Bogotá | Pereira | Llanogrande | Virtual

Teléfono: (+57) (4) 4489500

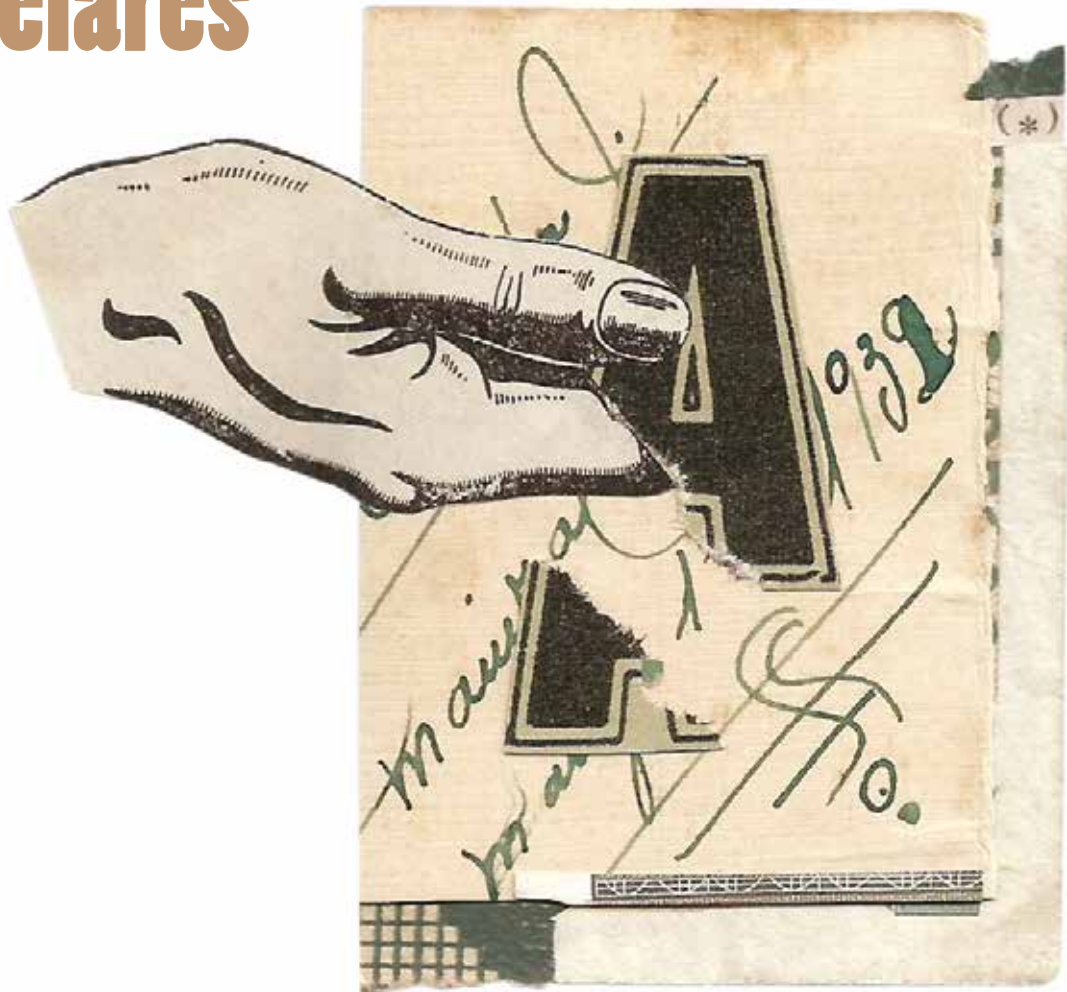
Línea gratuita nacional: 01 8000 515 900

E-mail: posgrados@eafit.edu.co

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación

Momentos estelares de la filosofía



por SANTIAGO GALLEGO

Ilustraciones: Sara Serna

1/10 El profesor de Investigación nos abandonó en la mitad del semestre porque ningún proyecto tenía pies ni cabeza, según dijo. Era un larguirucho de dos metros, cuarenta años, hombros estrechos y una panza sacerdotal recubierta por la camisa polo. Tenía ese ego herido tan común en el graduado de universidad pública que no se resigna a la mala suerte de trabajar en una universidad privada de provincia. Pero incluso alguien así tiene derecho a una chispa de agudeza ocasional. Cuando comenzó el curso, su presentación puso anticipadamente los puntos sobre las fés:

—Dejemos algo claro —dijo, mientras se acomodaba las gafas metálicas con el dedo índice—. Entre nosotros no hay ningún genio, y si lo hubiera, créanme, no estaría aquí.

Esa frase resume, con brutalidad, la realidad de la vida universitaria.

2/10

Estamos en el curso de Literatura del siglo XVII. A uno de esos compañeros poco aventajados le corresponde exponer el argumento general de *Hamlet* antes de pasar a comentar el texto. Con su voz nasal y los dientes delanteros apoyados sobre el labio inferior, nos aclara que fue una obra escrita por Shakespeare (un autor inglés, el mismo que escribió *Romeo y Julieta*), y a continuación nos hace ver que quizás pasamos por alto un asunto fundamental en nuestra lectura desatenta del drama:

—*Hamlet* es una obra de misterio, porque uno todo el tiempo se está preguntando: ¿Quién es ese fantasma?! ¿Quién es?!

3/10

Hace poco me encontré en la calle a un viejo profesor de Séneca, ya próximo a la jubilación. Cuando le pregunté qué planes tenía para su futuro inmediato, me respondió que se dedicaría a la escritura (aclarando, enfáticamente, que aquella era su “gran pasión”). Dado que su hija terminaría pronto la universidad y se reducirían considerablemente los gastos domésticos —que solo incluían, como lujo, el sueldo exiguo del mayordomo de su finca campestre y el salario mínimo de la empleada del servicio—, el profesor podría consagrar todo su tiempo a la literatura: esa llama que muchos años de mala docencia y peores estudiantes no habían logrado extinguir.

Dice Fran Lebowitz que un escritor solo puede escribir sobre lo que sabe y que ello implica, necesariamente, tener experiencias (de allí que haya genios precoces de la música, como Mozart, pero ningún escritor inmortal de cinco años). Un buen título para la ópera prima de este exprofesor sexagenario es el mismo de un poema de Octavio Daza, interpretado por Rafael Orozco: *De rodillas*. ¿De qué otra cosa podrías hablarle al mundo, profesor, aparte de cómo es posible vivir durante toda la vida agazapado a la sombra del jefe de turno, por más ignorante y tiránico que este sea?

4/10

Por alguna razón, las personas mayores y adineradas encuentran en la carrera de Filosofía y Letras ese remanso para disfrutar de su pensión. Nadie como ellas tiene tan enquistado en el alma ese afán intempestivo de educación que censuraron risueñamente Teofrasto y Horacio (“¡Ay de las vocaciones

tardías!”). Allí está, enfrente de nosotros, María Victoria, llena de anécdotas y paseos familiares. En esta ocasión, llevó desde casa su proyector de filmas para hacer una exposición sobre el Antiguo Egipto.

Click:
—Esta soy yo... en las pirámides de Egipto.

Antes de seguir, le da dos palmaditas a su cabello, que describe una parábola perfecta entre la coronilla y el cuello.

Click:
—Aquí aparecemos María Eugenia y yo... en las calles de El Cairo.

Click:
—Aquí María Eugenia estaba que se desmayaba del calor... entonces salgo yo sola abrazando al muchacho que nos estaba transportando. Queridísimo. (Esa figura grande que se ve atrás es la Esfinge).

5/10

El profesor Arturo era como la encarnación de Herman Melville. Los ojos diminutos apenas brillaban al lado de la barba espesa y blanca, justo debajo del sombrero de marino. Su timidez indómita no le cabía en ese cuerpo que era como un mástil; pero su voz, tenue en el pasillo, retumbaba en el salón cuando imitaba las arengas de Aquiles, o se amaneraba y entrecortaba cuando Arturo, encogiéndose en un rincón y metiéndose un dedo en la boca, imitaba a una niñaíta hablando con su mamá.

En la presentación del curso, era claro y enfático sobre el método evaluativo que le permitiría sobrevivir a las penurias del semestre:

—Señores: como saben, en mis cursos todos los estudiantes sacan cinco, la máxima nota. Como la universidad está molesta con este proceder, en este

curso todos tienen cuatro con siete. No voy a hacer ningún examen. Eso es todo por hoy.

6/10

Una tradición de vieja data entre los estudiantes de Filosofía y Letras exige que entre ellos siempre aparezca la figura del “irreverente”.

Es martes y tenemos clase de Hegel a las seis de la mañana. Pasados cuarenta minutos de la sesión, aquel conocido muchacho que siempre usa boina verde entra al salón. Lo vemos desfilar, tranquilamente, hasta la última fila. Se quita la camisa y comienza a abanicarse con ella. El famoso Superbobo, sentado a su lado, interpela al profesor con un discurso en que menciona repetidamente el ejemplo de la piedra de Sísifo. Cada cierto número de palabras, el Superbobo aspira con fuerza por la comisura derecha de la boca, intentando contener la saliva que principia a escaparse por allí. El de boina, descamisado, mira al techo y suspira. El otro, en apariencia concentrado, naufraga en sus propias palabras. Todos observamos la escena, anonadados y ridículos. El profesor de Hegel le dice al Superbobo, ignorando, como aquellos filósofos de Swift, todo lo que está ocurriendo a su alrededor:

—¿Podrías reformular la pregunta?

7/10

A veces un profesor, especialmente cuando es joven, se toma en serio su trabajo y consulta, preocupado, a su jefe:

—Quiero comentarle algo. Creo que tengo en mi grupo a dos estudiantes con algún tipo de retraso mental.

—Profesor, acérquese y dígame, ¿de quiénes se trata?

Un susurro al oído del decano, quien replica, mientras descansa una mano en el hombro del neófito, con algo de condescendencia:

—Profesor, efectivamente esos dos estudiantes tienen un problema cognitivo. Usted sabe lo que dice la Constitución del país: no los podemos echar. De todas formas, si usted considera que deben perder el curso... que pierdan, no lo dude... pero —y aquí el decano baja todavía más la voz, que es ya casi inaudible en medio del pasillo solitario—, la verdad, yo siempre los paso para no tenerlos que ver otra vez cuando repitan el curso...

8/10

Sería injusto decir que solo las ciencias humanas y el alcohol se entienden bien. Por una ley de la compensación, los estudiantes de medicina hacen de goliardos al final de cada semestre. Los ingenieros se desquitan en cada integración estudiantil y los estudiantes de ciencias exactas, si no terminan en el seminario buscando a Dios, hacen de la copa su redentor. Pero la carrera de Filosofía y Letras permite, y casi exige, un amancebamiento étílico sin interrupciones ni horarios.

Hay, entre estos aprendices, algunos estudiantes que no pueden asistir a clase sin beber. Uno de ellos no espera a que termine esa tediosa sesión sobre los presocráticos, saca su pequeña licorera y calcula que el profesor, metido en sus pantalones verdes y su camisa verde, dé la espalda y escriba unas letras griegas en el tablero. A continuación, nuestro compañero dice, guiñándonos un ojo (mientras se ilumina su habitual nariz roja):

—Por Heráclito... ¡salud!

Junto al tablero cuelga una cruz. En la pared hay una frase de Solón de Atenas, “Nada en exceso”, a la que le faltan un par de letras.

9/10

Muy torpe hubiera sido dar aquí el asunto por terminado, porque después de escrito lo anterior, leo que, según afirma Pedro Laín Entralgo, la mojiganga de Cervantes se inspira en “el cuento del traje invisible del rey, en el ‘enxiemplo XVII’ del *Conde Lucanor*, del infante don Juan Manuel, en el siglo XIV”. Es decir, tras un salto de cinco siglos, nuestra fábula se muerde la cola, y vuelve a ser el famoso traje imperial; casi no cabría duda de que el gran cuentista danés tomó de allí su historia; a no ser que conociera una fuente aún más antigua, porque este carrusel de vasos comunicantes se parece mucho al juego del eterno retorno.

Eran felices épocas en que no se hablaba de plagios. Gracias a esa sana costumbre se salvaron de demandas William Shakespeare (buena parte de sus obras son geniales *remakes*), los sucesivos fabulistas que bebiéron en Esopo, los dramaturgos del siglo XX que hicieron lo propio con sus colegas griegos. Para no mencionar (aquí apenas se especula) las muchas historias que debieron surgir de la Biblia, de *Las mil y una noches*, del *Ca-lila y Dimna*, del *Popol Vuh*, del *Mester de Juglaría*. Tantas copas servidas para una orgía perpetua.

10/10

Los bostezos y los suspiros son la música de fondo que se oye en las clases, durante la escritura de los ensayos y a lo largo de su calificación impostergable, lenta, infinita. La remuneración es baja y la inestabilidad laboral constante. ¿Qué hace, pues, que algunos profesores dediquen su vida entera a la docencia? La razón me fue confiada una tibia mañana de marzo cuando una amiga, con los ojos clavados en el suelo y espaciando involuntariamente las palabras, tras quejarse porque sus estudiantes eran incapaces de redactar correctamente un párrafo, me hizo esta triste confesión:

—Pero... si no trabajo como profesora... ¿QUÉ MÁS HAGO?!©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

VASOS COMUNICANTES

Para el periódico guarceño *Monte dentro* (que llevan al hombro, entre otros y otras, Gloria Bermúdez —primera dama de El Retiro— y Alejandra Estrada, escribí una crónica, “Cuentos peregrinos”, muy inferior a su temática. Mencionaba allí *En la diestra de Dios Padre*, el cuento de Tomás Carrasquilla, y su obvio paralelismo con un episodio narrado en *Don Segundo Sombra*, la célebre novela gauchesca de Ricardo Güiraldes. En fin, este y otros casos daban pie al cronista para hablar de un fructífero peregrinaje narrativo que, a lo largo de los siglos, une culturas y hermana idiosincrasias.

Unos días después, leyendo el teatro de Miguel de Cervantes, me topé con uno de sus entremeses, *El retablo de las maravillas*, prodigio de ironía condensado en diez páginas; y, aunque el tejido de la historia es muy otro, y en nada se parecen las circunstancias, se me puso frente a los ojos el célebre cuento de Hans Christian Andersen *El traje nuevo del emperador*, pues la intención es la misma, y similar el efecto logrado.

No consta en mis escasas lecturas el hecho de que algún estudioso haya registrado el paralelismo entre el entremés cervantino y el relato de Andersen. Sin embargo, alguien debe haberlo hecho, pues ambos autores gozan de exégetas tan fieles como minuciosos. Pero lo que supe luego me dejó fuera de base.

Muy torpe hubiera sido dar aquí el asunto por terminado, porque después de escrito lo anterior, leo que, según afirma Pedro Laín Entralgo, la mojiganga de Cervantes se inspira en “el cuento del traje invisible del rey, en el ‘enxiemplo XVII’ del *Conde Lucanor*, del infante don Juan Manuel, en el siglo XIV”. Es decir, tras un salto de cinco siglos, nuestra fábula se muerde la cola, y vuelve a ser el famoso traje imperial; casi no cabría duda de que el gran cuentista danés tomó de allí su historia; a no ser que conociera una fuente aún más antigua, porque este carrusel de vasos comunicantes se parece mucho al juego del eterno retorno.

Eran felices épocas en que no se hablaba de plagios. Gracias a esa sana costumbre se salvaron de demandas William Shakespeare (buena parte de sus obras son geniales *remakes*), los sucesivos fabulistas que bebiéron en Esopo, los dramaturgos del siglo XX que hicieron lo propio con sus colegas griegos. Para no mencionar (aquí apenas se especula) las muchas historias que debieron surgir de la Biblia, de *Las mil y una noches*, del *Ca-lila y Dimna*, del *Popol Vuh*, del *Mester de Juglaría*. Tantas copas servidas para una orgía perpetua.

CODA

Con Óscar Hernández se va el último de una generación que insurgió, año más o menos, en el Medellín de los cuarenta. Manuel Mejía Vallejo, Carlos Castro Saavedra, Alberto Aguirre, Arturo Echeverri Mejía, Jaime Sanín Echeverri, René Uribe Ferrer, José Horacio Betancur. Entre otros. Óscar, el más prolífico, fue poeta, periodista, novelista, cronista, editor, letrista de bambucos de vanguardia, y hasta actor de cine. Su libro de poemas *Las contadas palabras*, reeditado no hace mucho, va camino de ser un pequeño clásico. Puede que ya lo sea. ©



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Hijueputazos en cartelera

por OSCAR IVÁN MONTOYA L.

El primer gran hijueputazo del cine colombiano no se escuchó sino que se vio, y fue proferido por Carlos ‘el Gordo’ Benjumea en *El taxista millonario* (1979). Vale la pena aclarar que antes de ese madrazo ya otros habían utilizado la palabrota, como uno de los soldados de *Maromas* (1978), un corto de Erwin Goggel, que al darse cuenta de que su compañero mató por equivocación al carnicero del pueblo le dice: “Hijueputa, la cagó, este es Jerónimo Zapata”; o el director ficticio que encarna Carlos Mayolo en *Agarrando pueblo* (1977), quien en un raro momento de autocrítica dice: “Vamos a quedar como unos hijueputas vampiros”. La diferencia con las palabrotas del soldado y de Mayolo es que *El taxista millonario* fue visto por cerca de un millón quinientos mil espectadores, que celebraron a mandíbula batiente la forma en que el Gordo Benjumea, después de abrazar a su despampanante novia, se volteó para que ella no se dé cuenta y les modula clarito a un par de casanovas de piscina que la han estado piropeando: “Hijueputas”.

A partir de ese momento, las maldiciones de grueso calibre entraron a formar parte del arsenal de los guionistas colombianos, pero para llegar a ese punto, por lo menos en lo que tiene que ver el uso del lenguaje de una forma más desparpajada y realista, el cine nacional tuvo que sortear la férrea censura que no tenía contemplaciones con desnudos, palabras obscenas o besos muy largos.

Este pueblo de mierda

Hasta comienzos de los años sesenta, el cine colombiano estaba enfocado en celebrar un pasado idílico de montañas y cañadas; era tan pobre técnicamente que su repertorio estaba limitado al registro de bailes y números musicales; estaba tan ajeno a lo que sucedía en el mundo que no se había dado por enterado de las nuevas temáticas introducidas por el neorrealismo italiano o las novedosas formas de rodar de la Nueva Ola francesa.

Fue de la mano de José María Arzuaga y su película *Raíces de piedra* (1962) que el cine colombiano fue incorporando personajes, situaciones y parlamentos con expresiones como penojo, imbécil, desgraciado, que enriquecieron unos diálogos correctos y desabridos. Pero no es hasta El zorrero, de Luis Alberto Mejía, una de las historias de *Tres cuentos colombianos* (1963), que podemos escuchar insultos de mayor calibre en las gangosidades propias del sonido de la época y la voz enmañada de Fernando González Pacheco, cuando les grita a unos borrachos que han estado a punto de atropellarlo: “Engominados, oligarcas, mantecos”.

La segunda película de Arzuaga en Colombia, *Pasado el meridiano* (1966) es la que instaura una especie de realismo sucio e introduce personajes urbanos como Augusto, el ascensorista, o Edgar, el encargado del departamento de artes de la empresa de publicidad, tal vez el primer marica del cine colombiano, y deja oír algunas frases como la



El taxista millonario, 1979.

de un esposo enojado cuando su mujer le pregunta con insistencia por el paradero del tetero del niño: “Vaya búsquelo en el carro, vieja güevona”.

Junto con la propuesta del Arzuaga estaba la de Julio Luzardo, que en 1965 estrena *El río de las tumbas*, considerada la fundadora de una forma de hacer cine a la colombiana, porque supo representar en un pueblo perdido en el Huila, la esencia del país que éramos entonces. La película contiene algunas frases bastante arriesgadas para el momento histórico que estaba viviendo Colombia: “El alcalde era malo, como todos los alcaldes”, o “Abajo los políticos”, pero gracias a un humor aparentemente inocente logró burlar la censura, cosa que no sucedió con las películas de Arzuaga que solo se pudieron ver años después.

En 1967 se realizó *Bajo tierra* pero no se pudo estrenar. La película, dirigida por Santiago García, cuenta la historia de Don Münera, un campesino que se ve envuelto en un triángulo amoroso que se dirime cuando el protagonista le propina una puñalada a su adversario, mientras al fondo se repite como un mantra: “Esta puerca vida, perra vida”.

Se cagó la toma

En 1973 se pudieron ver las primeras películas pornográficas en Medellín, y las butacas de los teatros Sinfonía y Guadalupe no daban abasto para tanto espectador ávido de imágenes nunca vistas y diálogos jamás escuchados. Sin embargo, la producción colombiana seguía siendo puritana, explotadora de la miseria local, o en el mejor de los casos, cautiva de un lenguaje incendiario y moralista, como el de Carlos Álvarez y sus películas *¿Qué es la democracia?* (1971) y *Los hijos del subdesarrollo* (1975).

Paralelo al cine politizado o comercial, estaba la propuesta de Carlos Mayolo y Luis Ospina, en especial *Agarrando pueblo*, una película anárquica y desenmascaradora, en donde no escasean las malas palabras y un humor salido de madre cuya mayor expresión es la secuencia en la que el equipo de realizadores invade la casa de un individuo andrajoso, y ante la insistencia del productor por comprarlo con un fajo de billetes, el hombre se baja los pantalones, le pela un culo sucio y renegrido a la cámara y exclama, “Sabe qué puede

hacer con este dinero, esto, vea, esto”, y se pasa los billetes por el trasero una y otra vez, para terminar persiguiéndolo machete en mano.

Cerrando la década llegó Gustavo Nieto Roa con películas como *Esposos en vacaciones* (1978), *El emigrante latino* (1980) y *El taxista millonario* (1979), la más exitosa de todas. El gancho de estas producciones era la aparición de las estrellas de la televisión, pantalla por entonces muy pacata y muy cuidadosa de no mostrar o decir cosas que la Iglesia, las juntas de censura o los padres de familia consideraran inconvenientes. De esta manera, el cine se convirtió en un escenario para que las figuras del *jet set* criollo pudieran echar un madrazo, mostrar una teta o aparecer arrunchados en una cama matrimonial.

Qué chimba, hijueputa

A partir de los años ochenta el cine colombiano sortea de mejor manera la relación con la censura y se sumerge en la búsqueda de una identidad todavía esquiva, primero a través de historias cotidianas como en *El escarabajo* (1981) de Lisandro Duque, o vía la cinefilia exacerbada, en el caso de *Pura sangre* (1982) de Luis Ospina, película enfeudada en los referentes extranjeros pero con un sabor bien local, con Carlos Mayolo y Humberto Arango en el papel de un par de cacos, malos hablados y periqueros que no escatiman groserías bien castizas: “Ojalá se muriera ese viejo hijueputa”, dice uno de ellos refiriéndose a su jefe.

Una tercera vía fue la de la adaptación cinematográfica, de la cual *Cóndores no entierran todos los días* (1984) es el ejemplo más sobresaliente. Dirigida por Francisco Norden, es el arquetipo de una buena adaptación, con agregados tan importantes como la frase de León María Lozano, “Es una cuestión de principios”, que no está en el libro de Álvarez Gardeázabal, o el desplante que le lanza el Indio Arango al sicario que trata de asesinarlo en su finca: “Pelié si es macho. Partida de hijueputas”.

Técnicas de duelo (1989) fue el debut de Sergio Cabrera, una historia donde su director irá perfilando los personajes, las situaciones y los parlamentos

que luego pondrá con fuerza redoblada en *La estrategia del caracol* (1993), la película que contiene el hijueputazo más famoso del cine colombiano, el celeberrimo “Ahí tienen su hijueputa casa pintada” que dejan escrito en una pared los habitantes de la Casa Uribe en el centro de Bogotá. Es un final perfecto que muchos de los directores han tratado en vano de replicar, entre ellos el mismo Sergio Cabrera, y que llevó a Ciro Durán a comentar: “Prefiero realizar una película con el final de *La estrategia del caracol* que ganarme la Palma de Oro de Cannes”.

Pedazo de gonorrea

En 1990 se estrena *Rodrigo D.*, dirigida por Víctor Gaviria, película que refleja de manera brutal y poética la convulsa realidad de Medellín, con las claves de un lenguaje feroz y pegadizo, en el que no faltan los malparidos, pirobos y gonorreas. Muchas de sus expresiones y líneas de diálogo pasaron al lenguaje popular, algo inalcanzable para otro tipo de película: “Qué loca”, “Los punk son unos aparecidos”, “Charrerra hijueputa”.

Es particularmente memorable el diálogo que sostienen Ramón y el Alacrán antes de robarse un carro: “Ah loco y por qué no, no le ganamos el tubo a Adolfo y le montamos la rara”, propone Ramón, a lo que el Alacrán responde, “Vos a la final sos tremenda gonorrea ome. A ese loco yo lo llevo más bien que un hijueputa”. Al final Ramón riposta haciéndose el inocente: “Ah, dejá de ser piquiña, ¿vos creés que le vamos a montar la rara a ese loco?”, y el Alacrán lo remata: “Vos sos una gonorrea, en vos no se puede confiar”.

Felipe Aljure fue asistente de dirección de Víctor Gaviria, y algo o mucho del director antioqueño hay *La gente de la Universal* (1993), especialmente en el retrato descarnado de la ciudad y en la fiera del lenguaje. En una secuencia en que le dan una paliza a uno de los presos de la cárcel en la que está encerrado Gastón, el magnate de las películas porno, pasa cada uno de los esbirros metiéndole su coscorrón o su patada: “Tienes suerte de salgo el sábado o si no te partiría

el cuello, hijo de puta”, le dice Gastón; “Pa que afine, hijueputa”, le escupe un segundo; “Como soltás la lengua soltás el culo, pirobo”, le atina un tercero; “Gorrona”, sentencia un cuarto.

Pasado el estreno de *La estrategia del caracol* y *La gente de la Universal*, el cine colombiano entra en un periodo de declive, estancado “entre la confusión y la duda”, como diría un personaje de Sergio Cabrera, con pocos espectadores frente a las pocas películas en cartelera.

Sacalo pues, hijueputa

Veinte años después del estreno de *El taxista millonario* arriba al cine colombiano Dago García, quien se estrena como productor con *La mujer del piso alto* (1997), pero es en *La pena máxima* (2001) donde va a encontrar las claves de su universo, pese a ser una película dirigida por Jorge Echeverri. Personajes de clase media, temáticas populares, finales con moraleja, lenguaje en el que no escasean los madrazos son los componentes de casi todas sus películas. “Hijueputa, hijueputa, hijueputa”, le gritan los enardecidos fanáticos a la Fiera Sanabria, el futbolista que bota el penalti con el que la selección Colombia habría clasificado al mundial.

Sin embargo, los madrazos en las películas de Dago García no tienen la fuerza ni la eficacia de los pronunciados en producciones como *Sumas y restas* (2004) de Víctor Gaviria, donde se aborda el mundo traqueto desde la perspectiva de las clases acomodadas, aquellas que también se dejaron seducir por el dinero fácil. Es muy recordada la actuación de Fabio Restrepo como Gerardo, quien le propina una puteada memorable a su hermano cuando lo sorprende después de una noche de basuco: “Así es que sabés qué hijueputa, es la última oportunidad que te doy, la próxima vez te vas para la gran puta mierda, y te vas para debajo del hijueputa puente de donde te saqué, marica hijueputa”.

En 2007 Javier Mejía estrena *Apocalípsur*, una película en la que los mejores parlamentos corren por cuenta del Gurre y Chócolo, que se insultan entre ellos con unos alegatos como balas surcando el aire: “Meté esa puta cabeza, gonorrea, quién te dijo que hablaras hijueputa”, le dice el Gurre a uno de los secuestrados, y cuando Chócolo replica pidiéndole que

los deje salir a caminar un ratito, el Gurre le rebate con toda: “Ni puta mierda maricón, ¿vos pensás que vinieron a pasiar?”. Y Chócolo cierra la edificante conversación: “Vos si sos un hijueputa muy asao, y fuera de eso sos bruto, yo al menos veo televisión”.

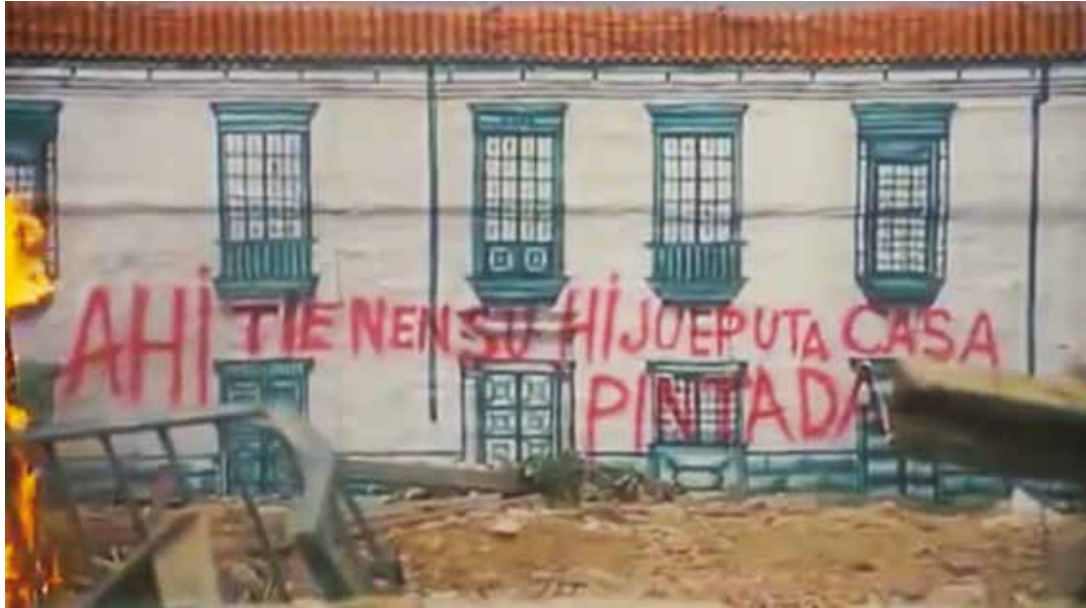
La primera década del 2000 se cierra con el debut de Rubén Mendoza y su trabajo *La sociedad del semáforo*, la única película colombiana que tiene un madrazo en su primer parlamento, cuando Raúl Téllez, el protagonista, después de fumarse un basuco organiza unos cartones que le servirán de cama y dice como si fuera un político en campaña: “En mi gobierno todos los colombianos tendrán caja propia, hijueputa”.

Mucha perra

En 2016 Víctor Gaviria regresó con *La mujer del animal*, en la que aparece Libardo, el Animal, un personaje que encarna nuestros demonios más oscuros: ladrón, violador, cuatrero, y como si fuera poco, el personaje más malhablado de la historia del cine colombiano. Cuando se entera de que su primer hijo es una niña, y no un varón como él quería, así reacciona: “Hijueputa ome, estas hijueputas de las hijas mías primero me las como yo, hijueputa, menos que cualquier malparido, y después a putiar pa que me mantengan esas perras”.

Pero más impresionante que Libardo es su mamá, quien es el verdadero espejo del protagonista, una madre cómplice de su adorado hijo calavera, que celosa por la mujer de Libardo la encara y le pregunta: “¿Qué le estás dando? ¿Es que te está mamando la chocha? Solapada hijueputa”. O la manera cómo la describe uno de los policías que buscan a su hijo: “Pa la cárcel vas vos también maricona, por alcahue-ta, hijueputa, malparida, vas pal Buen Pastor por haber parido a ese violador, depravado, hijueputa”.

La mujer del animal es la quintaesencia de la vulgaridad, pero a la vez el retrato más fidedigno de nuestro país, que permite y calla el atropello contra las mujeres, muchas veces con la complicidad de las mismas mujeres, incluidas las madres. Al final de la película dan ganas de exclamar con respecto a Colombia, lo mismo que Olga, la hermana del Animal, cuando se refiere a su progenitora: “Esa es mi mamá. Es una vieja hijueputa”. ☹



La estrategia del caracol, 1993.



Agarrando pueblo, 1977.



La gente de la Universal, 1993.



Sumas y restas, 2004.

El apartamento de la tía Lucrecia

por LUCKAS PERRO

Ilustración: Manuel Celis Vivas

Ninguno de mis amigos tenía dónde caer-se muerto y yo quería acompañarlos en su sencilla consigna: para tener novia no se necesita indefectiblemente plata. Sin embargo ellos se preocupaban un tanto más por los billetes, mientras yo me lanzaba en proyectos que de entrada parecían ir al fracaso, por lo menos monetariamente.

Bajo la premisa de “no te alarmes por dinero”, logré algo que ellos solo lograrían una década más tarde: independizarme, y con un sentido paternal que empezó a crecer en mí, pasados los veinticinco, pensé en voz alta frente a ellos: “No quiero que sufran lo que yo sufrí, quiero que sepan que en mi apartamento habrá un lugar para sus lides amorosas y...”. Sin dejarme terminar la frase se echaron a reír y me apodaron de inmediato tía Lucrecia, al mismo tiempo que cambiaban sus burlas por súplicas, pidiéndome cada uno que le dejara inaugurar el sitio y que les diera un poco más de dos horas el primer día.

Afuera de la habitación de huéspedes puse una alcancía tipo marranito, que soñé poder llenar para

irme a Santa Marta al final del año. El cuaderno de citas estaba lleno. El acuerdo establecía que solo se admitirían tres encuentros por día y el fin de semana estaba vedado, salvo un caso especial de crisis de pareja, despedida o polvo de reconciliación; cuán eclisial resultaba esta última categoría.

El negocio era un éxito en convocatoria pero el pobre marrano era un solitario adorno de corredor. Del otro lado de esa habitación de deliciosas torturas, era yo también el porcino que chillaba sin una moneda ni, mucho menos, un billete adentro. La tía Lucrecia estaba enfadada y como buena tía no decía nada y se tragaba el problema completo.

Mis amigos en cambio mejoraron en todo. Unos se hicieron a mejores trabajos, otros se convirtieron en máquinas del conocimiento, las toxicomanías se equilibraron, el escritor de nuestra cofradía fluía como río en invierno llevándose a su paso diferentes concursos, y hasta el feo logró hacernos creer que el amor va más allá de las formas y se levantó una despampanante rubia que se pavoneaba por mi corredor... ¡Ahg! No sé cómo explicaban mis favores a sus familiares, pero

sus madres, al verme, parecían tener en frente al santo de sus milagros y me mandaban de regreso a casa envuelto en esas chillonas fragancias que me sentenciaban a llevar la chapa de tía Lucrecia.

Mi rabia aumentaba, y justo en un pico de malparidez en que juraba en el patio no volver a prestar la casa a ningún hijueputa amigo, entró Juan Pablo, el más asiduo cliente de mi casa. De inmediato entré sigiloso a mi cuarto.

No lo reconocí por su voz melosa, sino por el tono grave de la garganta de su compañera, la Chavela Ospina. Su voz no era desagradable pero reía como cacatúa vieja, por lo que yo evitaba los chistes delante de ella, y en alguna ocasión llegué a insultarla sin justificación, pero sabiendo el objetivo social que cumplía este sacrificio para el bien de los oídos míos y los de mis contertulios.

No recordaba que había una cita acordada. Por lo general los encuentros se programaban para antes de las ocho de la noche, que era la hora en que yo regresaba de dictar una clase privada. Pero ese día me incumplieron la clase con una excusa pendeja y regresé mas temprano. Al entrar y ver vacía la cama doble que había comprado un par de años atrás, pensé que si bien mi filantropía no llegaba hasta el punto de compartir el lecho, mis amigos de algún modo me habían salado la casa. No hice ningún ruido. Seguía mascando mi rabia. Al parecer no hubo mucha obertura y la pareja entró enseguida en materia. La malparidez se hacía una costra sangrante en mi cabeza que quería invadirlo todo, pero de inmediato noté que mi verga endurecía, mis hombros se distendieron y me dejé llevar por la melodía. Los ruidos de la Chavela sonaban armoniosos sobre la respiración alterada de Juan Pablo. Hubo una pausa. Suspiré insatisfecho pero de inmediato la sinfonía vino en aumento. Eché mis pantalones a un lado y empecé a masturbarme. Mi espíritu se apoderó del cuerpo de Juan Pablo. Todo estallaba. Lo que en principio identifiqué como una jauría de lobos pasó a ser una expedición de niños que reían al escuchar que la fricción de sus cuerpos sonaba como un par de chancletas caminando por un corredor inundado, y luego un batir de carnes, un choque de naves, y de nuevo un aullido que reclamaba al mismo tiempo muerte y fertilidad. Todo dentro de mí fue sincronía y un despelote de esperma sobre el escritorio. Como nunca antes, añoré un abrazo que permitiera marcharse a la bestia que aún respiraba entrecortadamente y dejar al amante extasiado retomar el aliento.

Un tiempo después dejé de prestar el apartamento pues vino una ola de separaciones, rencillas y venganzas carnales, entre una que otra puta que metió Diego, el más desafortunado de mis clientes. Pero desde aquella noche, Juan Pablo y Chavela no volvieron más. Poco tiempo después supe que ella estaba en embarazo y mi intuición de tía me rumoraba que había sido entre estas paredes que la alquimia había dado sus frutos. En todos esos meses no recibí siquiera un agradecimiento por la autoría intelectual, pero vaya sorpresa la que me llevé cuando por fin, años después, conocí el resultado. El chico tenía unos intensos y lobatos ojos negros, era la forma física de aquella melodía que pude disfrutar esa noche, y, al verlo correr, supe que algo de mi pensamiento habitaba también en sus huesos.

Sigo viviendo en el mismo apartamento. La cama doble la vendí y hace poco desistí del noveno método alternativo-chamánico al que había asistido para equilibrar mi aura y mi energía sexual. De vez en cuando me llaman Diego o Mauro, dicen que andan cerca y preguntan si podría prestarles el apartamento. Cómo decirles que no si son de la casa, hijo. ©





Material delicado

Encerrar la realidad en una imagen fotográfica ha resultado novedoso en todas las épocas. Hoy lo hacemos digitalmente, pero ¿cómo se hacía en el siglo XIX? Las técnicas y las cámaras han avanzado en el tiempo, y en esta ocasión queremos mostrar soportes fotográficos muy antiguos: negativos en vidrio de bromuro de plata, que se conservan en el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto. Fueron creados en 1871 por el fotógrafo británico Richard Leach Maddox, y fue un adelanto que solucionó un inconveniente anterior, en el que las placas sensibles a la luz debían mantenerse húmedas hasta el momento de ser reveladas, lo cual volvía el proceso de tomar una foto muy artesanal y complicado. Por eso los negativos en vidrio fueron llamados “placas secas”, y abrieron por primera vez la puerta para la producción industrial y seriada de material fotográfico. Estos negativos debían abrirse en un cuarto oscuro, por lo que eran empacados en cajas que los protegían del contacto con cualquier tipo de luz. Los fabricantes más reconocidos estaban en Francia y los Estados Unidos, tales como **A. Lumière & Ses Fils** y **Hammer Dry Plate Company**, cuyos productos llegaron por miles a Medellín. Lo realmente sorprendente no es el alcance del envío, sino la supervivencia. No olvidemos que estamos hablando de vidrio. Imaginemos el trajín en barco, el viaje en mula para entrar en la Villa de la Candelaria y el zarandeo entre los baúles: todo eso era más de lo que un letrero de “frágil” podía soportar. Pero así llegaron, en contra de todo pronóstico, y se quedaron para guardar pedazos de una ciudad que apenas despertaba a la modernidad.



Gloria Stuart.
Actriz. 100 años.



Claude Lévi-Strauss.
Antropólogo. 101 años.



Carmen Herrera.
Pintora. 102 años.



Oscar Niemeyer.
Arquitecto. 104 años.

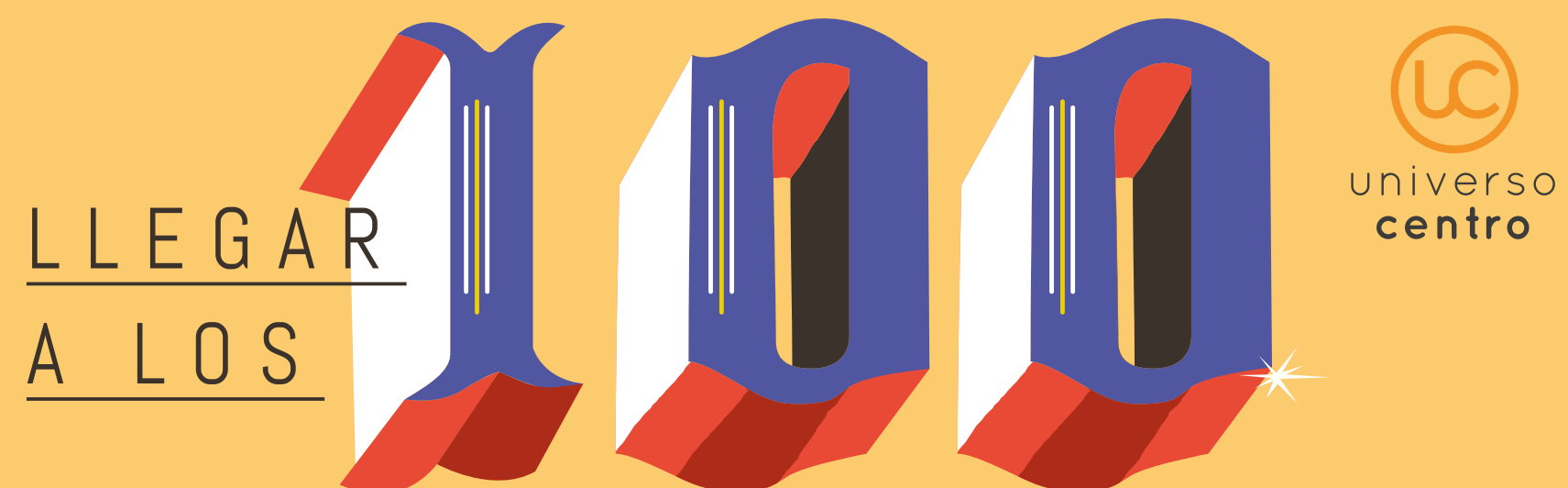


Nicanor Parra.
Matemático y poeta.
103 años.

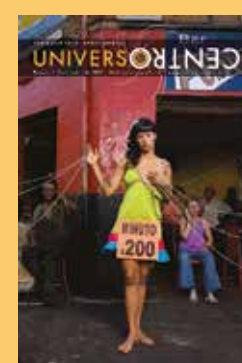
La muerte repentina y la longevidad son dos acontecimientos que no escapan nunca a la reseña.

En noviembre de 2008 circuló la primera edición de Universo Centro, una simple provocación se convirtió en costumbre y en septiembre de 2017 celebramos la circulación del número 90. ----- Llegar a los 90 no ha sido fácil, pero lo logramos. ----- La función de cada mes debe continuar y queremos dejarles a nuestros lectores un titular a cuatro

columnas: no solo de aplausos vive la rotativa. ----- En este aniversario, Universo Centro ensaya un pequeño gesto con dos significados: se quita el sombrero ante sus lectores y amigos a manera de salud y agradecimiento, y al mismo tiempo deja caer una mirada socarrona para pedir un apoyo y llegar a los 100 números y los 10 años.



Para ser más claros, lo que estamos haciendo para poder llegar al número 100 es una vaca, y por eso le estamos pidiendo a los lectores que nos ayuden. Y si el término vaca les parece ordinario o anticuado, entonces digamos que se trata de un crowdfunding.



Usted elegirá la calaña de lector que quiere ser. Un botón en la página, **www.universocentro.com**, será oferta y esperanza durante dos meses.

No solo de aplausos vive la rotativa: suscríbese, compre, done, multiplique, pague...

Bienvenidos, gracias.



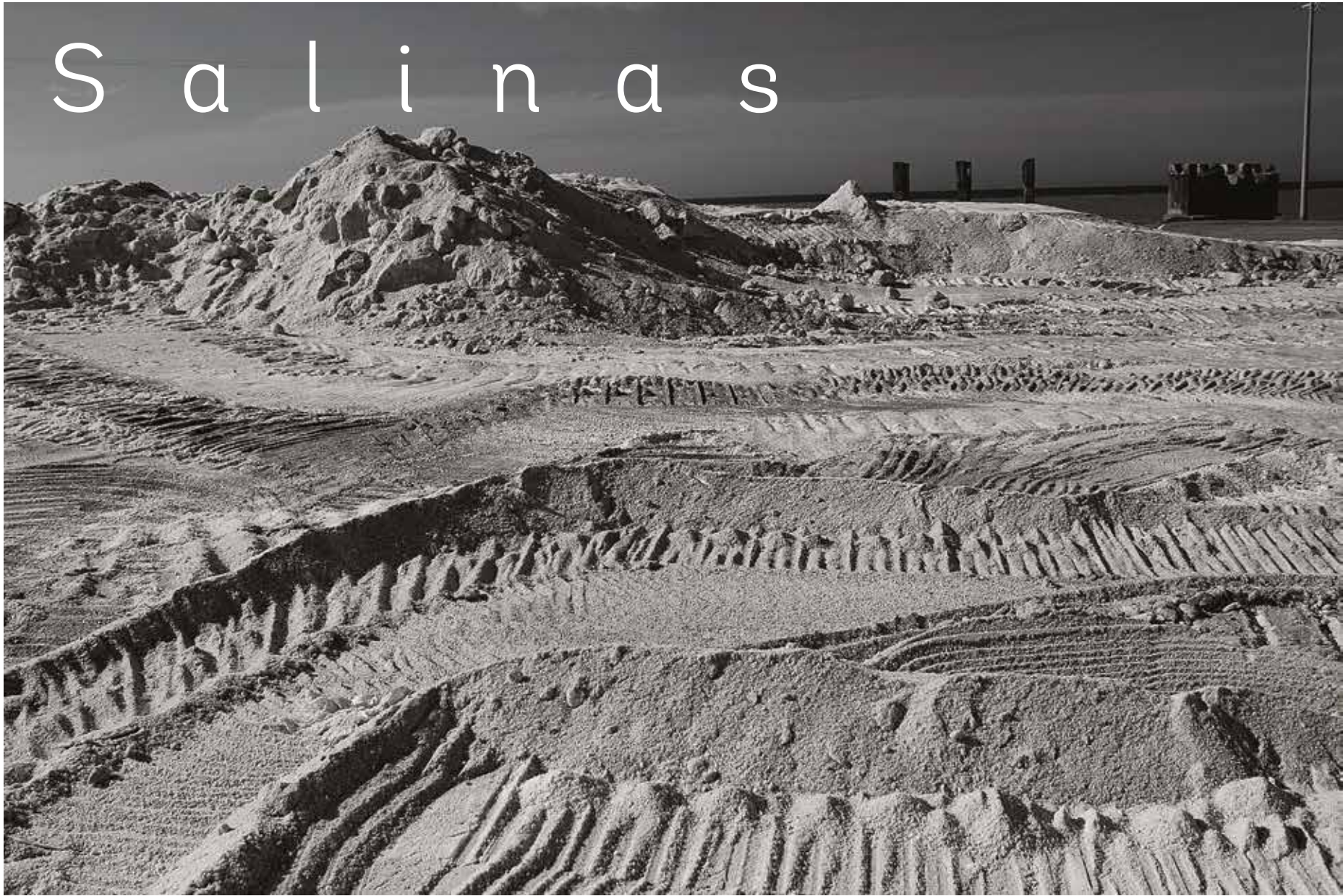
Álvaro Velásquez. Mr. Culebra

Especie: *Helicops angulatus*

Nombre común: Mapaná de agua, cuatro nariz de agua

Distribución: Es una especie que está en Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Perú, Brasil, Guayana Francesa, Guyana y Trinidad. En Colombia tiene amplia distribución y se puede encontrar en general por todo el país por debajo de los mil metros de altitud.

Fotografía
2017



por CAMILO ALZATE

Fotografías: Rodrigo Grajales

1 Reservado.
Excelentísimo señor.
El gobernador del Río del Hacha dirige a usted copia de la noticia que se le ha dado de la trama con que el gobierno francés, que se halla en manos de los negros, intenta propagar el contagio de la insurrección a todas nuestras posesiones. Dios guarde a usted muchos años.
Río Hacha, 14 de febrero de 1800. Joseph de Medina Galindo.

2 Los guajiros fueron y siguen siendo un pueblo de guerreros muy orgullosos. La conquista les doblegó, pero nunca pudo dominarlos por completo. Sus tribus continuaron libres por el desierto de la península de La Guajira, el punto más septentrional de Suramérica, yendo detrás de los rebaños y de los pozos de agua, asaltando y quemando con frecuencia el puerto de españoles de Riohacha, situado en una orilla del Calancala, que los blancos en su idioma habían llamado Río Ranchería. Terminando el siglo XIX el gobierno de la joven república colombiana aún no los sometía y por ello el francés Henri Candelier, que vivió entre ellos varios años, los pintó como un pueblo indómito, fuerte, de caciques desconfiados, impenetrables pero en exceso hospitalarios: “Tenían realmente buena presencia, un aire noble, imponente; en sus venas debía correr una sangre rica y pura, y en estas miradas había una arrogancia nativa, un orgullo racial algo altivo”.

Igual opinaban los demás viajeros que atravesaron los arenales espinosos de La Guajira, tierra donde nunca han regido las leyes colombianas. Por allí galoparon Eliseo Reclús, Wilhelm Sievers, el sacerdote Rafael Celedón, y el escritor Jorge Isaacs, quien sentenció: “Cuán afortunadas fueron las tribus guajiras resistiendo victoriosas en la lid con los conquistadores, porque de otro modo habrían corrido la misma suerte que casi todos los indígenas de nuestro litoral Caribe, muriendo bajo el filo de las espadas castellanas en lucha desigual, o lejos de la patria en cruel esclavitud”. Isaacs juzgaba que, junto con los araucanos de Chile, estos eran los indígenas más valerosos e indomables de todo el continente.

“Si un día se logra someter esa raza —había apuntado Henri Candelier— será a la fuerza. No se civilizará al indio guajiro, se le destruirá”.

3 Excelentísimo señor.
El gobernador de Río Hacha dirige a usted el manifiesto que le han hecho los vecinos de esta ciudad sobre la decadencia del comercio marítimo y poco fomento que experimenta

la agricultura. Con este motivo solicitamos que les permita reponer el número de embarcaciones que han perdido en la guerra pasada y presente, comprándolas en colonias amigas, e igualmente se les conceda la gracia de exportar los frutos de los indios guajiros a otras colonias, manteniendo recíproco comercio con ellos, de quienes se adquirirían famosas mulas, caballos, bueyes, ganado vacuno y cabrío, el palo brasilero de inferior calidad, con pieles de toda clase de ganado, que exportaban en sus buques, para retornar negros y mercancías, que es el medio más proporcionado de liberarse del rigor y barbaridad de ellos...

Río Hacha, 1798. Joseph de Medina Galindo.

4 Los wayúu siempre llamaron “la cosecha” a la recogida de la sal sobre las playas de Manaure y Sorshimana. Era como si en su desierto espinoso, sembrado de cardos secos, tunas y trupillos, la tierra no entregara nada que no fueran pedruscos o serpientes de cascabel, y los únicos frutos vinieran del mar, aunque eran frutos ásperos, con la textura del salitre y el regusto de un terrón de arena.

¿En qué año se instaló el señor Chema Vanegas a reventar arrumes de sal sobre la costa? Hay documentos que fechan su llegada a finales del siglo XIX. Luego se sabe de los tratos que el mercader palestino José Abuchaibe tenía con los indígenas para comprar bultos del mineral, que transportaba en barcos hasta Curazao, alrededor de 1914. Los wayúu —guajiros o goajiros, como se los denomina en los manuscritos— ya explotaban las salinas desde mucho antes de la llegada de los conquistadores. Cuánto tiempo atrás, imposible decirlo, quizá siglos. Se ignora cuál fue el primero de sus jefes que comerció la arenilla blanca con los arhuacos de la Sierra Nevada, y luego con los blancos de Santa Marta y Riohacha. Manaure fue uno de tales caciques, aunque habitó en dominios de lo que hoy es Venezuela, lejos de aquel pueblo costero que lleva su nombre, donde se encuentran las mayores salinas marítimas del país.

La sal era el orgullo de los wayúu. La intercambiaban con los piratas ingleses y holandeses fondeados en la bahía, quienes a cambio les proveían de armas, pólvora y municiones. Los expertos negociantes de estas tribus fueron los primeros contrabandistas de importancia en la Nueva Granada, violando las restricciones del rey para el comercio de ultramar. También comerciaban con perlas, fibras, pieles y carne de las cabras que pastoreaban por el desierto. Las autoridades castellanas nunca pudieron hacer mayor cosa, como no fuera acordar la paz con ellos. Una cédula real expedida por la Corona española reconoció a los indígenas la propiedad de las salinas de Manaure y Sorshimana, derecho que las tribus ganaron tras insurrecciones y levantamientos. La mayor de todas fue la rebelión guajira de 1769, cuando el virrey Pedro Messía de la Zerma testimonio

que “veinte mil indios de fusil y flecha” asediaban a Riohacha.

En los meses más secos —mayo y septiembre— centenares de familias llegaban a las charcas frente a la costa, desde todos los rincones de la península, para iniciar la recogida de la sal reposada que el mar iba depositando a lo largo de todo el año. Apilaban el mineral encima de la playa hasta acumular hileras de montañas blancas. Así había sido desde que tenían memoria, pero un día de 1862 el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera decretó otra cosa.

“Los productos de las salinas marítimas de propiedad nacional existentes en el territorio goajiro —dictó el general a su secretario Julián Trujillo— se destinan, también hasta tanto que se reúna la convención, al fomento de la civilización de los indígenas que habitan dicho territorio”.

Lo que siguió fue una interminable disputa entre los wayúu y empresarios particulares por el usufructo del mineral. Cada presidente entregó las salinas en concesión a sus amigos y aliados políticos en la región, mientras los indios explotaban las charcas a destajo, haciendo acuerdos desventajosos con los nuevos dueños. En 1941 las salinas pasaron a ser administradas por el Banco de la República y una concesión privada inició la mecanización del proceso. Aquella industria terminó por quebrar estrepitosamente durante los años noventa en un cotel donde se mezclaron los caprichos de los mercados durante el período de la apertura económica y los pésimos manejos administrativos que la estaban carcomiendo desde antes de ser una empresa próspera.

Sobre las playas de Manaure y Sorshimana quedan los vestigios de las maquinarias podridas de óxido, comidas por la brisa marina, y unos edificios ruinosos. Quedan también centenares de familias que continúan cosechando los terrones blancos con barretones y carretas, como han hecho siempre. La suya es la historia del colonialismo y el despojo, el clásico drama de la modernidad. Pero también es la historia del arraigo orgulloso de un pueblo, cuyas abuelas siguen narrando en las rancherías del desierto la leyenda tan antigua: Maleywa hizo el mar y la tierra. Y donde se juntaron se formó la sal. Y puso a los wayúu para cosecharla.

5 Excelentísimo señor.
...vimos el atrevimiento que tuvieron los holandeses al acometer a los españoles en sus mismas costas contra todo lo dispuesto, por lo indefenso que este puerto se halla, no habiendo siquiera un cañón...

Río del Hacha, julio 2 de 1751. Joseph de Valverde.

6 “Los celadores de la aduana, los agentes del Resguardo, los recaudadores de impuestos, los vigilantes del Banco de la República que se han empeñado en ponerle bozal a La Guajira me están volviendo esta vida insípida. Sin libertad, le hace falta sal a la vida”.

Eso le dijo alguna vez Claro Cotes al escritor Eduardo Caballero Calderón. Claro Cotes era descendiente de don Luis Cotes, el hombre más rico de La Guajira en su tiempo, quien jugó un rol central en el proceso de despojo de las salinas. Don Luis, comerciante y caudillo liberal de Riohacha, era pariente, compadre y amigo cercano de Alfonso López Pumarejo, quien años más tarde se convertiría en Presidente de la República.

“Las noticias de hoy consignan una rebelión de los indios guajiros en los alrededores de Riohacha. El correspondiente cuenta que los resguardos de las salinas están amenazados por un centenar de indígenas, bien montados, armados de carabinas y dardos, que se pasean

por la playa con las largas melenas sueltas, como centauros”, así registró el cronista Luis Tejada la insurrección guajira de 1923, motivada por una disputa en las salinas de Manaure, que acababan de ser entregadas en concesión a don Luis Cotes. Cotes era bastante astuto y conocía la ley que imperaba en el desierto, por eso había desposado a una princesa wayúu descendiente de la poderosa casta epiayú, la tribu del rey de los gallinazos, plantándose en las playas de Manaure donde se portó como un cacique más. Algunos indígenas los respaldaban como a uno de los suyos, otros lo enfrentaron.

La tarde del 28 de julio de 1923 se presentó un altercado entre un funcionario blanco de las salinas y unos cosecheros indígenas. Según aquel, los indios habían entregado los bultos de sal incompletos. Los wayúu dispararon dardos envenenados contra los celadores de la salina sin herirlos, los celadores respondieron con fuego de pistola y al día siguiente cien guajiros armados de flechas y carabinas Winchester asediaban a seis funcionarios atrinchados en las instalaciones de la concesión, otros seis funcionarios huyeron antes. Un velero y una nave guardacostas partieron inmediatamente desde Santa Marta para contener los desórdenes.

Los enfrentamientos se prolongaron por varios días. El 2 de agosto una india de la casta uriana (tribu del jaguar) fue asesinada junto a dos muchachos de las castas ipuana (tribu del halcón) y juyayú (tribu de la culebra blanca). El cacique Germán Mengual, que se hallaba de paso en Manaure, intentó conciliar los ánimos. Lo mismo hizo el cacique Patrocinio de la casta epiayú, pero un jefe de la casta pushaina (tribu del pecarí) al que llamaban Bayoneta y otro denominado Narizón lideraban a los rebeldes y se empeñaron en que los blancos pagaran la sangre de sus hermanos con una fuerte suma de dinero o con la muerte de otros tres blancos, tal y como lo establece la ley wayúu. El 7 de agosto andaban replegados en el desierto y así continuaron hasta septiembre, sosteniendo algunas reuniones con Luis Cotes y Pedro León Mantilla, quienes intentaban calmarlos, según dice un telegrama que este último envió a los ministros de Guerra, Hacienda y Gobierno en Bogotá:

“Aprovecho ofrecimiento Luis Cotes Gómez, para neutralizar Bartolomé Gonzáles y otros jefes Jusayúes, fin no apoyen actitud Bayoneta y compañeros, hago otro tanto con Jumaré, jefe Ipuana, y mediante esas medidas, conflicto queda reducido a proporciones insignificantes y localizado Manaure...”.

Luis Buenahora, corresponsal de *El Tiempo*, se internó con don Luis Cotes en el desierto para entrevistar al cacique Bayoneta, como puede leerse en un artículo suyo de comienzos de agosto: “Dijámosle que el gobierno era muy buen padre y que había que respetarlo. A esto Bayoneta contestaba que el gobierno no conocía las Leyes de la Goajira, únicas que debía respetar y a las cuales debía someterse en casos como el ocurrido. Repetámosle que no era posible pagar la indemnización; movió la cabeza y agregó: comprendo que el gobierno es poderosísimo, pero los españoles [se refería a los blancos] deben pagar. Dijámosle que cuando ellos mataban a un civilizado, nadie lo cobraba, y respondió que él no tenía la culpa de que no lo hicieran”.

Comandados por Bayoneta, los rebeldes atacaron de nuevo las salinas en la madrugada del 4 o 5 de septiembre. Rompieron unos diques que aislaban el agua del mar, destruyendo parte de la infraestructura de la salina principal, lo que casi ocasiona la pérdida total de la cosecha. Bayoneta terminó preso aquella noche y las autoridades no quisieron enviarlo a Santa Marta. “Se teme que esta medida ocasione un nuevo conflicto”, informó el corresponsal. La última de las rebeliones guajiras había llegado a su fin. ☹



Caprichos para prosa sola

por JOAQUÍN MATTOS OMAR



Vueltas en torno a la casa

“Casi todas nuestras desgracias nos vienen de no haber sabido quedarnos en nuestro cuarto”, dice una aguda sentencia citada por Baudelaire en uno de sus “Pequeños poemas en prosa”, atribuida con vacilación a Pascal. Aún recuerdo la feliz conmoción que me produjo cuando la leí por primera vez, y que es la misma que experimenta todo lector ante una frase o un razonamiento que logra sacar de su oscuridad y hacer emerger a la zona de luz de las palabras una sospecha, una inquietud, un apetito de la voluntad que había venido rumiando de tiempo atrás en lo más hondo de su propio espíritu.

Siempre, en efecto, desde cuando el “vicio impune” de los libros me había replegado en mi habitación, me había parecido que esta última —cálido fragmento de sombra en que se guarece la soledad— constituía la retaguardia segura para ponerse a salvo de todas las amenazas y contingencias propias de la vida gregaria.

La casa fue adquiriendo así para mí el perfil de una pequeña “zona liberada”, de un silencioso paraíso que, estando hecho de ladrillos y de madera, sí, era sin embargo tan idílico como el otro; un lugar donde el tiempo podía perder su ritmo vertiginoso y hacerse lento y apacible, de modo que, en vez de ser arrastrado por el raudal que habitualmente es como una ciega pelotica de papel, podía yo navegar por su corriente con una serena fluidez, sintiendo así la vida desde sus capas más profundas y no desde la aturrida superficie habitual.

Pero desde que, pasados los años, como suele suceder, y obedeciendo quizá a la dialéctica de la soledad, fui iniciado en la vida mundana y llegué a conocer todos sus múltiples placeres y aventuras —cuyas recompensas pueden ir desde el clímax más sublime hasta el miedo más terrible—, me ha costado resistirme a sus tentaciones y volver al refugio íntimo de la casa.

Soterrada, sin embargo, y con una secreta e intensa actividad, la casa sigue haciendo su llamado. Y de hecho suelo atenderlo de forma esporádica, sintiendo siempre el impulso de darle al mundo un portazo en las narices y dejarlo afuera, en su más allá turbulento y perturbador, de una buena y definitiva vez por todas.

Me ha extrañado comprobar, por eso, que es mucha la gente que pareciera no querer saber nada de la casa, pese a que le han dedicado tiempo, trabajo y fortuna para dotarla con todo lo necesario para pasar allí sus mejores momentos. Es como si crearan, no precisamente en siete, sino en largos, incontables días, con un esfuerzo minucioso y prolijo, un mundo para su uso personal y luego, una vez concluida la tarea, ¡lo abandonaran! (Como esos obreros que, en un poema de Némer Ibn El Barud, después de construir un palacio, “inexplicablemente, no lo habitaron”).

Pasan casi todos los días de la semana en su lugar de trabajo, desde las primeras horas de la mañana hasta el anochecer, pero cuando llega el domingo o, incluso, cuando concurren el domingo y un día feriado, formando un largo “puente festivo”, y uno creyera que es esta la oportunidad que venían esperando para disfrutar por fin de la casa, he aquí que ocurre todo lo contrario: ¡huyen al balneario más cercano! Es decir, prefieren someterse al trajín de un viaje, al ruido y la barahúnda de una multitud frenética y a la impersonalidad de un cuarto de hotel. Así, nunca pasan un tiempo pleno, verdadero, en casa. ¿Quién los entiende?

Renuncian a los placeres que, hasta en la casa más modesta y austera, se pueden gozar. Placeres que incluso pueden consistir nada más en escuchar los furtivos, misteriosos ruidos de su compleja estructura, o descubrir las correspondencias extrañas que existen entre sus diferentes partes, entre sus diferentes secciones.

Renuncian también, en fin, a la mayor probabilidad que les ofrece la casa de que su integridad física y psicológica no corra riesgos y, por una suerte de pulsión suicida, salen al encuentro con las desgracias, en contra de la advertencia citada por Baudelaire. Todo por no saber quedarse en la quietud de su cuarto, que es lo que resulta a todas luces lo más sabio y saludable, sobre todo en estos tiempos en los que, como suele decir mi amigo el gran pintor barranquillero Nithto Cecilio, citando una vieja canción de salsa, “la calle está dura y el criminal se ha fugado”.

Surrealismo en Barranquilla

Conocí el surrealismo, sin tener entonces conciencia de ello, a los once o doce años, en una simple esquina de barrio de Barranquilla.

Quizás esto no debiera extrañar, pues, como lo afirma ya Héctor Rojas Herazo en un texto publicado en 1952, “el único surrealista puro que ha dado este país se llama Vidal Echeverría”. Vidal Echeverría, para quienes no lo saben, nació en Galapa, un pequeño municipio que ahora forma parte del área metropolitana de la capital del Atlántico, y era un hombre bastante cercano al Grupo de Barranquilla, de cuyas tertulias y actividades intelectuales fue en una época partícipe activo. De él se recuerdan en particular su libro *Guitarras que suenan al revés* (que lo hizo figurar con cierto despliegue en *Panorama de la poesía colombiana*, la importante antología de Fernando Arbeláez de 1964) y una conferencia que dictó hacia finales de los años cuarenta en la Escuela de Bellas Artes de Barranquilla y que fue organizada por Alejandro Obregón y Alfonso Fuenmayor. El título de tal conferencia no puede omitirse: “Africanización purpúrica de los sesos de Venus”.

Según dice el mismo Rojas Herazo en el citado artículo (“El gran ausente”), “Vidal Echeverría se definió a sí mismo con estas palabras: ‘Yo soy un paraguas y un teléfono, lo demás es mi ombligo’”. Y añade que solía decir que el “más bello espectáculo de la creación” lo conformaban “estas tres cosas reunidas: un huevo podrido y un zapato roto sobre la calavera de un perro vivo y un niño orinando sobre un libro de contabilidad”.

Como se ve, Vidal Echeverría conocía bien el recurso retórico surrealista consistente en la combinación de elementos heterogéneos, inconexos, cuyo brusco contraste debe producir en el lector el sortilegio estético. Un recurso que, lo sabemos todos, está inspirado en la célebre fórmula que Lautréamont plantea inocentemente en 1869 en *Los cantos de Maldoror*: “Bello como el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección”.

Pero cuando yo tuve aquel primer contacto temprano, casi infantil, con el surrealismo, ignoraba por completo la belleza de esa clase de encuentros fortuitos. Había entrado a una tienda a hacer un mandado. Recién había anochecido. Junto a una sección del mostrador, de pie, había un par de señores bebiendo cerveza. Entonces llegó un tercero: colocó sobre el mostrador, que era de madera, una carpeta sudada llena de papeles, se acodó en él y, cuando uno de los dependientes lo miró, ordenó: “Me das una cerveza y un carruso de hilo”.

Aquella frase me sacudió como un latigazo, dejándome a medio camino entre la sorpresa y la hilaridad. Observé con asombro al tipo, en cuya cara se esbozaba ya una sutil sonrisa. El surrealismo acababa de entrar así en mi vida o, mejor dicho, en mi sensibilidad.

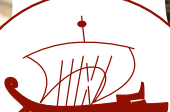
Claro que, para cualquier barranquillero, el encuentro fortuito (o adrede) de una cerveza y un carruso de hilo no es surrealismo ni Lautréamont: es mamagallismo puro. Pero ese es el punto: quizá el surrealismo europeo corre cotidianamente por las calles de Barranquilla bajo la forma que llamamos mamagallismo; forma que, en ciertos casos inspirados, cae en el campo singular de lo real maravilloso, que, por ser más fecundo, espontáneo y auténtico —al decir de Alejo Carpentier— que el cultivado por la escuela literaria y artística fundada por Breton *et al.* en París en 1924, genera más y mejores prodigios y sorpresas que esta última. ©

* Adelanto del libro *Caprichos para prosa sola*.

Librerías

Libros nuevos y leídos

GRAMATA
TEXTOS



PALINURO
Libros leídos

Sector Estadio
Calle 49 B 75-33
2605685 . 2609160



LATINA STEREO
EN LA ONDA DE LA ALEGRÍA
SALSALUDANDO CON
SALSAEROSURA A
UNIVERSO CENTRO,
UN GRAN COMBO MÁS ALLÁ
DE LOS COMBOS, POR SUS
90 EDICIONES.

UN ABRAZO Y UN ESTRECHÓN
DE MANOS, MI HERMANO.



Construimos Sitios Web para móviles y Apps

Piensa hacia donde diriges tu estrategia...

Cohete.net



John Jaramillo no estaba perdido, trastió su parranda a la nueva esquina del Centro en Caracas con Córdoba.



Boston Bar Café

Cra 42 con Cile 54 • Atendido por su propietario



por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Tobías Arboleda

Siento una intriga desmedida por algunas aves criadas en aislamiento, por los perros mansos y otros aulladores, por los mamíferos marinos que a veces se enamoran de los humanos. Si yo fuera una foca, un ave, un perro, los humanos me causarían desprecio, con sus olores fétidos conocidos por cualquiera que se atreva a escamotear entre sus pies, con sus maneras arrogantes de especie dominante. Los humanos, arrojando maní a los animales en los zoológicos, sus crías indefensas y al tiempo atrevidas, de desproporcionadas cabezas colgantes, congestionadas, rojas, gritonas, plétoras de helado, indigestadas y estúpidas.

Por eso los animales que se enamoran de los humanos revisten un especial encanto. No hablo de los humanos que se enamoran de sus animales, hurañas criaturas incapaces de soportar a los de su especie que deben verter todo su afecto en un gato. Los animales en la misma posición parecieran menos artificiosos: nos ven inanes, indefensos, nuestras manos incapaces sin herramientas, nuestros dientes que no pueden traspasar piel alguna... y aún así se compadecen.

Incluso los animales que no saben nada de compasión, ni de equivocaciones suelen enamorarse de los *homo sapiens*. Karl Von Frisch, el etólogo de la década de los setenta que descifró el insólito lenguaje de las abejas, recuerda el caso de una mujer cuyo vestido estampado de flores atrajo a un enjambre y los insectos lejos de picarla intentaron

copular con sus iridiscentes retoños de poliéster y algodón. ¿No debe uno sentirse honrado, confundido y asustado en un solo instante con un amor tan polifacético? Uno resultante de ese sueño secreto que alberga toda mujer al vestir flores; ser el centro de una atención incondicional. Cientos de conductos seminales la colman de diminutas pasiones tan efusivas como inevitables, de las cuales correr ensortijando localmente el pelo no la salvará. Si no hacemos más a menudo eso de salir de unos cuantos amores estrujándonos la cabellera, desnudos y locos por quitarnos la piel, es por evitar un despliegue público de la locura que causan los afectos incisivos.

La extraña sentencia de la mitología en la que el amor suele llegar en la forma de un ser alado, no parece carecer del todo de sentido. Konrad Lorenz, el conocido estudioso del comportamiento animal, fue el objeto de los profundos amoríos de varios animales, especialmente sus aves. El caso de sus gansos egipcios que imprimieron en él los primeros lazos de amor maternal, siguiéndolo a todas partes, es bien conocido. Pero más apasionantes son los casos de pasión sexual de un individuo por otro.

Cuenta Lorenz en *El anillo del rey Salomón* la historia de un gorrión que se enamoró perdidamente de él, intentando introducirlo en un diminuto nido que había construido para procrear. No era infrecuente que intentara embutirlo en su propio bolsillo, como Howard Hughes que intentaba subirse en sus aviones a escala cuando ya había perdido la razón. No hará falta recordarle a nadie que todos en un momento u otro, cerreros y tontos, hemos intentado empotrar una presa desmedida en el pequeño nido de nuestra vida, endeblemente construido a punta de ramitas que se nos han antojado atractivas.

La historia de Lorenz de otro amor aviar, el de una graxilla, no es menos asombrosa. Habiendo interpretado acertadamente la boca de Lorenz como el comienzo del tracto digestivo, se dedicó

a cebar a su amado a punta de deliciosos gusanos de la harina triturados y mezclados con saliva de graxilla. Cuando su amado se negaba a abrir la boca —cualquiera puede hartarse a punta de gusanos en engrudo salivario—, la graxilla no tenía problema en dejar empalada su pasta en el oído medio de Lorenz, tal como lo hacemos nosotros a punta de cantaleas insoportables cuando él o ella se niegan a empacharse a punta de bombones y trufas.

Ya lo hemos dicho, los animales se enamoran de nosotros porque nos han visto con esa apariencia de la que solo son capaces algunos humanos, cual es la de mostrarse propensos a morir en cualquier instante. Somos no solo un animal triste, como lo recordara Vallejo, sino torpe. Criaturas extrañas, la evolución nos llevó por un camino insólito y estultificante en el reino animal; devenir ineptos para todo y buenos en particular para nada. Especialistas en oficios varios.

Siempre me han atacado las acciones humanas con la misma estupefacción con la que supongo acometen a los animales. Por eso nunca había considerado que el amor pudiera traspasar las barreras ya no raciales o de género, sino de especie. Rudyard Kipling cuenta que cuando en Mowgli se manifestaron los primeros indicios del amor, buscó a los humanos. El problema con muchos animales criados en aislamiento es que se creen humanos. ¿Pero acaso no nos asalta en el amor la sensación de sentirnos pertenecientes a la misma estirpe del ser amado?

No me cabe duda de que verse enclenque e indefenso fue el comienzo de este raro amor que ahora narro, nacido ya no de un ser alado sino subacuático. Una foca marina de media tonelada en las heladas aguas de la Antártida se enamoró, según relatos del propio objeto de este pesado querer, de un fotógrafo de ochenta kilos de la *National Geographic* llamado Paul Nicklen. No había de ser un amor sencillo. Las

manifestaciones del cariño de una chica de semejantes proporciones son de lo más extremas y difíciles de rehuir. Para romper el hielo con el fotógrafo, ella intentó engullir su cara con una mordida apenas se sumergió en el agua y fue a su encuentro. Los amores al primer mordisco no son inusuales. Pero al ver que Nicklen seguía allí, inmóvil, expectante, como una foca raquítica y desorientada, su amor desfloró en lo que de seguro fue un comienzo pletórico y desmedido. ¿Quién que haya amado desconoce esa delicada llama incandescente encendida por la percepción de la pequeñez enjuta del ser amado?

De allí en adelante, ella decidió llegar a su corazón por su estómago como a menudo lo hacen las chicas generosas en carnes y pasiones. Y para el efecto, empezó a traer pingüinos vivos y a soltarlos en su cara con el fin de que Nicklen los engullera. Haga memoria, estimado lector, de esa sensación de que nos suelten un pingüino vivo en la cara. Ante la negativa de aceptar semejante prueba de amor, viéndolo ahí estático, esputando burbujas insulsas, la insistente matrona intentó entonces entregarle a Nicklen los pingüinos muertos, solo para comprobar que la nueva estrategia no despertaba ninguna reacción. Lo siguiente debía ser más explícito; empujar los pingüinos en su cara parecía algo lo suficientemente sutil para llamar su atención. Ante la negativa de esta segunda arremetida, ella decidió entonces ponerlos sobre su cabeza en señal de clara rendición y amor incondicional. ¿Cuántas veces

estupefactos e idiotas ante el tamaño de un amor semejante no nos hemos visto expuestos con un pingüino sobre la cabeza en señal de amor no correspondido?

Pero de allí en adelante todo fue en picada, porque luego del amor más intenso solo queda la decepción; dado que Nicklen solo tuvo a bien seguir obturando su cámara, y puesto que ninguna chica soporta tantos desaires de un escuálido y enjuto tonto que no sabe imprimirle pasión a sus burbujas, lo siguiente fue empezar a botar notorios torbellinos de aire por la nariz, señal universal de furia como bien lo atestiguan incluso los emoticones, ante lo cual Nicklen no tuvo más remedio que seguir los consejos de Napoleón que alguna vez afirmó que una pelea con una mujer solo se gana huyendo.

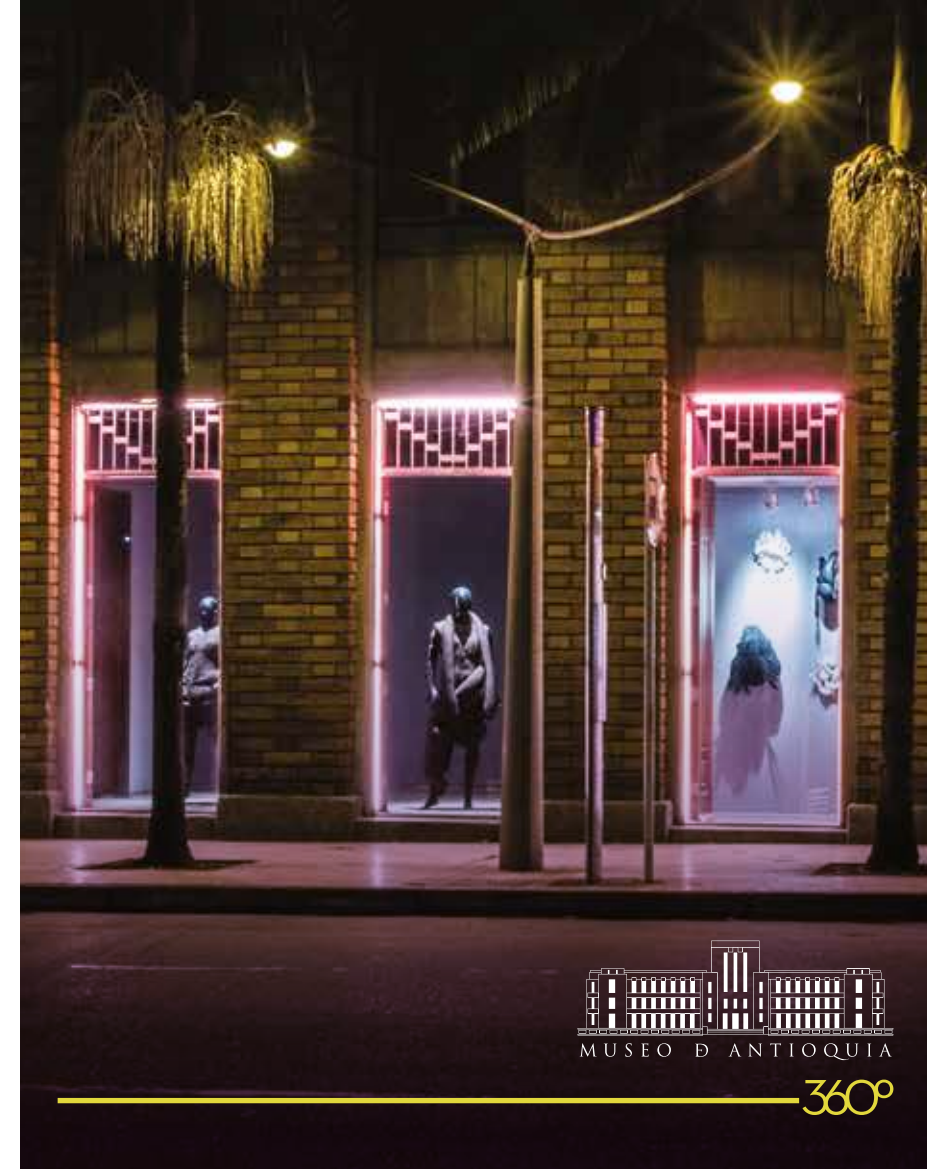
Ignoro si la historia de Nicklen es un estiramiento de la verdad. Pero cómo quisiéramos creer que ese regalo de los dioses consistente en sentir el amor de esta extraña sirena tuvo por un momento sobre el escenario de este mundo la portentosa propiedad de decirse real.

Ignoro si otras especies conocen el amor como nosotros, pero al parecer también se confunden. El objeto de ese desatino no ha de ser siempre un humano. Bien conocidos son los efectos del encierro y la adversidad en cuanto a su capacidad de despertar apegos. El amor animal se puede dirigir igualmente hacia un animal de especie totalmente distinta con el cual se convive.

En el zoológico de Schönbrunn, en Viena, fue conocido el caso de un pavo real blanco que se enamoró de una lenta tortuga llena de años a cuya jaula fue llevado durante la Segunda Guerra Mundial. Se pavoneaba frente a la tortuga en todo su despliegue, blanco como la nieve, aunque hermosas pavas deseosas de un huevo contenedor de su prole se paseaban en frente suyo. Debo decir que conozco amores así, de hermosos pavos glaseados, despampanantes, que toman por opción figurar toda su leche de la alegría en una tortuga de cuello ajado, maneras recónditas y pasmosas que no tiene conciencia de su condición de tortuga. Y a la que tampoco le importan los sentires de su pavo ni mucho menos sus avances.

Qué inadecuado, qué loco es el amor, qué rebuscado e inofensivo, como si la naturaleza no lo esperara, como si fuera un añadido excéntrico a la vida hecho justamente para que esta no sea ese insípido juego del azar en el que se recombinan segmentos proteicos para crear otro ser de la misma ralea. Si por el amor fuera, si siempre se hiciera su real voluntad en este mundo, no solo produciríamos más de la misma especie, sino inviabiles híbridos que duermen en nidos donde no caben, engullen gusanos por las orejas y que, sin pensarlo ni un instante, devoran cualquier pingüino que otro les ha saltado en la cara en señal del más puro y candente amor. ☺

Todas nuestras puertas
están abiertas



Hace diez años. Dos holandeses recorren Medellín acompañados de un temor deslumbrante. Adelante va uno de ellos, sociólogo, como traductor y lazarillo, atrás va un poeta que intenta descifrar la maraña de realidad que se interpone entre sus mitos y prejuicios. Su relato tiene la gracia, unas veces torpe y otras certera, de quien ve por primera vez. Alguna vez dijo Ósip Mendelstam que el verdadero logro del poeta consiste en su atención. Aquí vemos que no siempre es suficiente. Pero siempre será revelador mirar por los ojos de nuestros visitantes.

Gran Hotel



por BAS KWAKMAN

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Cuando aterrizo en el aeropuerto de Medellín me espera Fernando, el director del festival de poesía. Agita un ejemplar del diario *El Mundo*.

—¡Mira! —me dice señalando un artículo en el que se menciona que los poetas invitados al “corrupto Festival Internacional de Poesía” de Medellín, entre ellos el señor Kwakman, de Holanda, han sido visitados en sus habitaciones de hotel por una milicia de las Farc y que ahora dichos invitados son simpatizantes del movimiento terrorista.

Lo miro conmocionado. ¿Significa que en adelante llevo marcada en la frente una cruz roja? ¿Tengo que regresarme *ipso facto* a mi país? Fernando se ríe mientras me empuja dentro del auto que nos llevará al Gran Hotel.

—No te preocupes, chico. El autor del artículo es Tenorio. Está enojado porque no lo invité al festival como poeta.

En el *lobby* del Gran Hotel me encuentro con Gerard, un holandés alto y jovial con una voz gorgoteante. Es sociólogo político. Por encargo de la Universidad de Georgetown, de Washington, está investigando cómo en un par de años Medellín logró dejar de ser la ciudad más peligrosa del mundo para convertirse en el lugar

relativamente seguro que es ahora. Me cuenta de su profusa red de contactos colombianos, que se encargan de concederle vía libre durante sus incomparables misiones por la ciudad: los comisarios de policía, el alcalde, los escritores, artistas, concejales, dueños de bares de salsa, taxistas, traficantes de coca, gerentes de prostíbulos, funcionarios públicos, policías, exmilitianos y antiguos escobaristas. Al cabo de la charla nos quedamos tomando cerveza con limón en el *lobby* del hotel hasta mucho después de la hora de cierre y al despedirse me dice:

—Esta semana pasaré todos los días por el hotel a las diez de la mañana para preguntarte si a lo largo de la jornada tienes ganas y tiempo de compartir conmigo mis vivencias.

—Está bien —le contesto—. Mañana al final de la tarde.

Esa noche, con grandes zancadas y tres diarios colombianos bajo el brazo, Gerard hace su aparición en el *lobby* del Nutibara, donde acaba de iniciarse una conferencia de prensa sobre el festival. El director del evento interrumpe su discurso cuando vislumbra a Gerard y se eleva un griterío de júbilo. Los poetas, los traductores, los colaboradores del festival, la prensa, los camareeros, todos saludan a Gerard como a un amigo íntimo. Él

atraviesa el recinto, bordea el podio y se dirige en línea recta al encargado en funciones para agradecerle con gran alharaca por haberle servido cerveza con limón hasta mucho después de la hora de cierre la noche anterior. Luego se da vuelta y me dice en voz alta:

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—A la charla del general Dagoberto García Cáceres para los vecinos de Santo Domingo Savio, el barrio más pobre de la ciudad.

Dejamos atrás el Centro y nos internamos por los cerros. Medellín es una ciudad estrecha y alargada, donde tres millones de personas viven atezadas por una escarpada cordillera. Una bañera donde la mugre se deposita bien arriba en los bordes; cuanto más arriba, más miserable, sucia y peligrosa se vuelve la ciudad. Primero atravesamos Prado, que con algo de fantasía todavía puede pasar por una especie de Montmartre. Luego seguimos hacia Manrique, donde comienza el desastre. Un laberinto de construcciones de piedra, casuchas de madera apiladas de forma provisional, barracones con techos de chapa y plástico que hacen las veces de bares, carros viejos hechos chatarra formando las paredes de una sala de billar al aire libre o una arena para peleas de gallos. Un anciano desnudo instalado delante de un balde de agua se echa agua en la cabeza con la mano. Dos adolescentes embarazadas cruzan una plaza en moto a gran velocidad, seguidas de una decena de niños gritando medio en cueros. Cae la tarde. El estrecho camino ya no está empedrado más que hasta la mitad y empieza a hacerse empinado de una manera irresponsable. En cada curva cerrada evitamos chocarnos a duras penas con buses urbanos, con furgonetas atestadas o con chicos que se lanzan cuesta abajo en motocicleta despreciando la muerte. Vía Manrique continuamos hasta Santo Domingo Savio pasando por Granizal.

Medellín consta de dieciséis comunas y cada comuna se compone de hasta una veintena de barrios. El Poblado, al otro lado de la bañera, es la comuna más elegante. Santo Domingo Savio y Granizal son la antítesis. Los vecinos de estas dos últimas se han reunido esta noche en una sala comunal para asistir a la charla del general. Un búnker gris construido con bastos bloques de cemento. En la entrada hay un grupo de unos diez militares en trajes de camuflaje fuertemente armados. Alrededor del edificio, con dos metros de espacio entre ellos, hay apostados varios miembros de la policía militar con las piernas separadas y sosteniendo con ambas manos sendas ametralladoras con los cañones inclinados hacia abajo. Enfrente de los soldados, al otro lado de la calle, veo detrás de unas barricadas de hormigón, en la arena y el barro, un grupito de chicos inmóviles. Calculo que tendrán entre quince y veinte años, los torsos desnudos, pantalones de tiro bajo que dejan al descubierto parte de los calzoncillos y bandanas rojas en la cabeza. Tienen fijadas sus miradas en nosotros.

Gerard saluda primero a los chicos agitando el brazo y, haciendo lo propio con algunos militares a diestra y siniestra, sube la escalinata y entra. Yo lo sigo, temeroso de que cada metro que se abra entre nosotros lo ocupe un soldado con una ametralladora o un adolescente con una navaja.

Una mujer menuda de edad avanzada busca unas sillas plegables y nos las instala en el fondo de la sala. Todos giran la cabeza. Gringos. Demasiado altos, demasiado ruidosos y demasiado tarde.

La sala es pequeña. Hay unas ochenta personas mirando un podio poco profundo y más bien ancho con una mesa larga encima. Detrás de la mesa han colgado unas telas multicolores de gran tamaño con textos sobre la policía, escudos de armas de la seguridad y coloridas pancartas de las comisiones

comunales implicadas. A un costado del podio, detrás de un tablero de madera con el escudo de la comuna y profusas tallas en madera se ha instalado una mujer de expresión severa, fuertemente armada y vistiendo un uniforme del ejército. Lleva el cabello estirado hacia atrás, su boca es rojo carmín y anota todo lo que se dice. Sentadas a la mesa en el podio hay trece personas. La Última Cena de Santo Domingo Savio. A la izquierda, seis soldados con pleno equipo de camuflaje. A la derecha, seis miembros de la policía militar en trajes de combate azul oscuro. En el centro una hermosa joven con una minifalda roja. Una cara de rasgos indígenas con grandes ojos marrones negruzcos, cejas que a la mitad están dibujadas con un enérgico desvío hacia las sienes y una boca roja coral fuertemente resaltada. Cabello brillante negro azabache que fluye como terciopelo sobre el vestido rojo profundo. Se me corta la respiración.

Gerard se inclina hacia mí y me dice en voz baja:

—La vocera del municipio. A su derecha el general; los dos primeros de la izquierda, capos del ejército. El resto, policía militar.

El general toma la palabra. Da la bienvenida a los dos gringos y pasa revista a los antecedentes de los miembros del público congregado en la sala. Son los presidentes de los distintos comités barriales. Paramilitares desmovilizados, arrepentidos de las milicias de la droga e integrantes licenciados de las distintas agrupaciones guerrilleras de izquierda que, con excepción de las Farc, hace unos años entregaron las armas. Un moreno gigante a mi lado, a cuya amplia sonrisa he correspondido con devoción al entrar, se levanta. Como todos los que toman la palabra, comienza diciendo quién es y cuál fue su papel en la situación de guerra de hace unos años. Habla largo y tendido, con muchos aspavientos y una mímica impetuosa. Gerard me susurra la traducción al oído:

—Paramilitar, milicia derecha, factótum. Asestó sobre todo a guerrilleros de izquierda en la selva del norte. Algunos miembros de esas guerrillas están sentados allí adelante en la sala.

—¿Qué quiere?

—Empleo.

—¿Eso es todo? Lleva más de quince minutos hablando.

—Sip —dice Gerard.

El general responde a los vecinos y la vocera le susurra todas sus conclusiones al oído, volviendo de vez en cuando la cara hacia la sala. Una anciana menuda se levanta y pide una reducción de la dosis mínima de drogas que puede tener en su poder un individuo. Dos de sus hijos han sido víctimas de la violencia de la droga hace unos años y su último hijo ahora es drogadicto.

El general ofrece una descripción detallada de los nuevos pequeños tribunales que se crearán en cada barrio, lo que permitirá que cada cual pueda contactar con la Justicia de forma inmediata y accesible en su propia comuna. Sigue hablando sobre el traslado de una de las minicomisarias en el barrio y sobre el hecho de que los campos de deporte durante el día son para las escuelas, pero que por las noches pueden ser utilizadas por la gente del barrio.

Las principales preguntas de los vecinos se refieren al número de agentes de policía en la comuna, la cantidad de puestos de policía y los lugares donde serán construidos. Surgen discrepancias entre Santo Domingo Savio y Granizal sobre la ubicación de una nueva comisaría. Resulta que el pequeño edificio se erigirá justo en el límite entre ambos.

—En cualquier caso, dentro de poco este barrio pasará de dos a seis guardias vecinales sin armas —dice el general, lo que lo hace merecedor de su primer aplauso. La sala atestada de asesinos que durante años se mataron entre ellos aplaude fraternalmente por un policía extra en la comuna.

Después de unas dos horas la sesión se termina. La gente se levanta, pliega sus sillas y se las lleva a los colaboradores del centro barrial apostados en la entrada. Un joven se me acerca y me besa en la mejilla. Se da una palmada en el pecho y dice en voz alta:

—¡Jorge!

El resto no alcanzo a entenderlo.

—Te quiere —dice Gerard.

—¿Por qué?

—Por estar aquí.

El general salta con destreza del podio y se dirige directamente hacia mí, con la roja María Magdalena y los doce apóstoles uniformados a la zaga. Me abraza. Siento el rígido material de su traje de soldado, el cuero del cinturón y su pistola rozándose la entrepierna.

—Es amigo mío —le dice Jorge al general.

Me presento al general y Gerard traduce.

—Dice que no precisa traducción porque ya sabe que eres su amigo.

Quise decirle algo a la hermosa vocera, pero esta se precipita escaleras abajo detrás del general y se sube a su carro. Dos ancianas vistiendo severos vestidos floridos se plantan frente a mí; una me agarra del brazo y me arrastra hacia el costado del edificio. La otra camina detrás de mí y apoyando ambas manos en mi espalda me empuja hacia arriba por una calle vacía, desagradablemente empinada. Oigo cómo parten el carro del general y los camiones con los soldados. Está oscuro, la calle no cuenta con alumbrado. Oigo detrás de mí a Gerard, que me habla sobre el papel de esta comuna durante el régimen de Escobar. Los vecinos habían contratado mercenarios para sacudirse a las milicias de la droga, la guerrilla de izquierda y los escuadrones de la muerte de derecha, pero al final los mercenarios resultaron ser peores.

A la vera del camino hay un desastre. Entre montañas de escombros, restos de carros oxidados y material de construcción desechado hay casitas precarias con paredes de cartón yeso, bloques de cemento y plástico. Los techos se componen de trozos sueltos de cinc, plástico negro y chapa. Delante de las casas hay mujeres jóvenes en bikini con niños en brazos. Nos llaman.

—Que entremos. Quieren darte algo —dice Gerard.

—¿Y qué es lo que quieren darme?

—Todo lo que tienen. ☺



Hotelkamerverhalen

Bas Kwakman
De Arbeiderspers
2017

*Traducción para *Universo Centro*



Peripecia

por DAVID GIL

Ilustración: Elizabeth Builes



todavía mayor al de dormir bajo una tormenta, que es una de las cosas que más extraño de Medellín, ya que en Nueva York, cuando llueve, cae una llovizna morosa, menuda, que va socavando el alma: todos vamos dejando el alma como tributo en las calles de Nueva York por más rápido que caminemos. Medellín, en cambio, le arranca a uno el alma de un solo zarpazo. Allí la dejé y por eso quiero volver, aunque me cueste morir.

“De amor nadie se muere”, dice mi niña huérfana. Oh, mi niña óyeme; dentro de tus llagas escóndeme; del enemigo malo defiéndeme; en la hora de mi muerte llámame y mándame ir a ti que no quiero morir lejos de la casa.

Nada es más fácil que morir en Medellín y te lo advierto para que estés prevenida, para que sepas. Por eso me tuve que ir. Y si no sabías la historia, pues aquí te la voy contar porque no quiero que te enteres por terceros y, sobre todo, para que tus compañeritos dejen de decir que soy marica, dado que la nobleza que me da la edad me impedía besarte en público y por eso los chismes empezaron a correr. De una manera y de otra quise hacerle ver a Yeraldín que estaba perdiendo el tiempo a pesar de la convulsión que forzaba el sostén que retenía la presión de sus tetas inefables. Pero toda ética profesional tiene límites; y como lo epistemólogo no quita lo mamífero, con el pasar de los días empecé a bajar la guardia, a ceder. Ella lo advirtió. Y no bien lo advirtió, aprovechó la oportunidad que había estado esperando.

—Otra vez usted, Yeraldín.

—Hola profe, ¿cómo estás?

—Bien, Yeraldín, muchas gracias. ¿Qué la trae por aquí?

—Ay, profe, pues que te quería ver y darte un saludo.

—¿Un viernes a esta hora en que ya todas sus amigas están en el bar del frente tomando cerveza?

—Pero eso no quiere decir que yo sea como ellas, profe. A mí esos ambientes ya no me gustan, prefiero otros más tranquilos donde no haya bulla y se pueda leer.

—No sabía que le gustara leer, Yeraldín.

—Pues ya sabes, profe, nos estamos conociendo mejor.

—¿Y qué le gusta leer?

—Ay, pues libros profe, ¿cómo así?

—Qué tipo de libros, quiero decir. Novelas, cuentos, libros de historia...

—Todos esos, profe, todos esos me gustan.

—¿Y hay algún autor que le guste en particular?

—Ay, profe, ¿esto es un examen o qué?, ¿no ves que es viernes?

—¿Y le gusta el cine, Yeraldín?

—¿Ver películas?, pues claro que me gusta, ¿a ti no te gusta, profe?

—Sí, claro que me gusta.

—¿Y qué más te gusta?

—Pues, me gusta leer también.

—Ay, sí profe, ya sé que te gusta mucho leer, pues por eso eres profesor, ¿no?

—Sí, Yeraldín, por eso soy profesor.

—¿Y no te gusta mi blusa nueva, profe?

—Está muy bonita, Yeraldín. ¿Se quiere tomar un café conmigo?

—Ay, profe, por fin dejaste la bobada, vamos pues.

¡Oh gloria inmarcesible! ¡Oh júbilo inmortal! Centauro indomable la trompa victoriosa escucha y empieza a presentir de la epopeya el fin. Mientras nos tomábamos el café me dijo, entre otras cosas, que ya desde la primera clase quería comerme, “Ahí mismo en el escritorio, bien rico”.

—¿Perdón?

—Ay, profe, no hagas esa cara que estamos en pleno siglo XXI.

Juzgué que lo mejor era movernos a territorio neutro, entonces le propuse que me acompañara al centro de la ciudad a recoger un pedido en una librería. Ella se levantó y tomó su cartera, yo la seguí. Fuimos en su carro. Ya ves, estrella de miel, ahora todas las adolescentes andan en carro mientras tú y yo nos destroncamos los riñones viajando en bus. Aunque, para ser te franco, debí preguntarle de dónde había sacado el carro antes de subirme y arriesgarme a ser identificado por alguno de los hombres de su novio, pero no: la voluntad de perpetuar la especie había bloqueado mi lóbulo frontal y en ese momento solo tenía en mente la posibilidad de liberar la semilla de la vida, así que me subí con la mayor tranquilidad y

ya en el camino le dije que a lo mejor podría pasar después por la librería, que no era urgente y le pregunté qué quería hacer.

—Pues compremos unas cervecitas, profe, y vamos a un lugar donde podamos estar tranquilos los dos y pasar delicioso.

—Pero si mañana tenemos clase de seis, Yeraldín, yo debería estar preparando el tema y usted estudiando para los exámenes finales: ya casi es la fecha.

—Ay, profe, mañana te paras al frente y dices cualquier cosa, igual nadie te presta atención porque todos están trasnochados, empezando por ti que siempre llegas oliendo a trago. Y para el examen, haz de cuenta que te lo voy a presentar hoy y me pones la nota.

No tuve más opción que darle las indicaciones para llegar a Penthhouse, el famoso motel en la Vía al Mar. “Qué pieza tan linda, profe”. Era su primera vez en un lugar como ese, pues tenía un apartamento en el barrio El Poblado. Yo, que todavía vivía con mis padres, cambié de tema y, mientras sintonizaba una emisora al azar, le pregunté si le parecía bien.

—¡Ay, profe!, eso parece música de bus. ¿Esa es la música que tú escuchas en momentos especiales?

—No, no sé... me da igual, ponga usted lo que quiera.

—Bobito... ven yo pongo algo.

¡Y que comience la función! Porque si vamos a llamar las cosas por su nombre, lo que pasó aquella tarde fue una de esas presentaciones del Cirque du Soleil. Estaba yo acostado viendo fútbol mientras Yeraldín se preparaba en el baño. Cuando menos pensé, salió en ropa interior, olorosa a kiwi, como venida del más allá: Santa Úrsula, patrona de las doncellas que renunciaste al príncipe pagano que quiso desposarte y que en peregrinación a Roma con once mil vírgenes más fuiste violada y martirizada por los hunos cuando cruzabas la frontera oeste de Alemania. Santa Úrsula: esta mujer que ahora sale del baño para interrumpir la repetición de la final de la Champions League de 1998 en que el Manchester United batiera en tiempo de reposición al Bayer Múnich en el Camp Nou de Barcelona no es virgen, Santa Úrsula, pero te la ofrezco por las almas del purgatorio que dejaron este mundo siendo vírgenes. No supe por dónde empezar. Ni siquiera tuve tiempo de empezar porque Yeraldín enseguida se ocupó de mí. Antes de que alcanzara a incorporarme, ya me había tomado por su cuenta, con su boca, en una operación que me hizo rechinar los dientes. Entenderás, *my playground love*, que esta burda reconstrucción de los acontecimientos no logra acercarse a la verdad que siempre sobreviene del modo más insospechado devastando el entendimiento, porque si algo enseña el errar de los sistemas filosóficos que se multiplicaron y mutaron desde Grecia hasta hoy como bacterias patógenas es que la verdad solo puede ser percibida y de ninguna manera pensada, pues pensar es tener los ojos enfermos con la peste de la razón, simiente de Europa, la Loca, piedra angular de Occidente: civilización corrupta que ahora está convencida de que la tierra necesita ser salvada por el hombre, la tierra que tiene las entrañas de fuego y que ha sobrellevado en su corteza los ámbitos más hostiles y las criaturas más portentosas a lo largo de sus no sé cuántos miles de millones de años de vida para que ahora el prosaico bípedo implume tenga la cándida ocurrencia de emprender campañas conservacionistas. Occidente, el infame, que para bien de las otras innumerables formas de vida está llegando a su fin. Pero no te me distraigas, muchachita, con estos pensamientos de viejo, que te estaba contando algo más importante. Yeraldín succionó hasta que me sacó el alma, solo entonces abrí los ojos para ver lo que quedaba de mí, mis propios restos, un cadáver en descomposición. Pero, oh, sorpresa cuando levanté la mirada para descubrir su cuerpo desnudo en una desnudez incommensurable: la verdad rotunda y sin márgenes: la cosa en sí de Kant. El pobre viejo que murió virgen.

Nos apareamos por dos horas seguidas sin parar. Yeraldín no parecía tener fondo y a mí me tocó apelar a una resistencia física y una fortaleza moral que creía perdidas, pues no se es el mismo a los diecinueve que a los treinta y uno. Así que cada vez que se me iban las luces por el cansancio, subvertía la situación de modo que pudiera descansar un poco y acaso permitirme un sueño ligero mientras ella se encargaba del timón. Y como todo tiene su final, también esa tarde de Sodoma lo tuvo.

—Profe: si tu novia se llega a enterar no me vuelves a hablar nunca. Es que somos muy amigos. Qué eco paternal tenía la palabra “profe” en ese ámbito soporífero. Luego de que habíamos sido un solo cuerpo en la eucaristía del amor, ahora me llamaba profe; luego de que me permitiera conocer en detalle sus profundidades, ahora se distanciaba poniéndome en el púlpito del salón de clases.

—Nadie puede saber esto, Yeraldín, sería muy grave, imagínese...

—Yo no le digo a nadie, pero con una condición.

—¿Qué condición?

—Que lo volvámos a hacer, pero en mi apartamento, cuando mi novio esté en Estados Unidos.

—¿Viaja mucho su novio?

—Una vez al mes se va y vuelve a las dos semanas.

—¿Y qué hace su novio en Estados Unidos?

—Él trae lociones para vender en su almacén, ese es su negocio.

—¿Y usted vive sola en un apartamento en El Poblado?

—Sí profe, más lindo, me lo regaló mi novio.

—¿El carro también se lo regaló su novio?

—Sí profe. Un día de estos nos vamos de paseo a Guatapé, yo te invito.

—¿Con su novio?

—Ay no profe, cómo se te ocurre. Si él se llega a enterar... te mata. Es muy celoso.

—Cómo me va a matar si no me conoce.

—Ay profe, no preguntes bobadas y dejemos de hablar de mi novio que nos castiga la lengua.

Librame, Yahveh, del hombre malo, del hombre violento guárdame aunque me haya acostado con su mujer: mi corazón fue suyo por una noche y su cuerpo mi albergue. Su lengua de serpiente me invitó al pecado, señor, y bajo el veneno de víbora de sus labios caí.

Preserva mis manos Yahveh para la mujer del impío, del hombre violento: guarda para mí sus pies que me trastornan y guía mis pasos hacia su red, ponme bajo sus ceños y sus lazos, emplázame en sus trampas al borde del sendero.

Yo te he dicho: tú eres mi Dios: yo no tengo Dios, escucha la voz de mis súplicas. Oh, Señora mía, tú cubrirás mi cabeza el día del combate. No otorgues al impío su deseo, no le digas quién soy, no dejes que su plan se realice.

Los que me asedian que no me alcancen, que la malicia de sus labios y su cabeza los ahogue; llueva sobre ellos carbones encendidos, mientras yo en el abismo hundido ya no me levante más, deslenguado en ella, que es como la tierra. Y que al violento lo atrape de golpe la desgracia.

Sé que Yahveh al humilde hará justicia: llevará mi juicio. Sí, los justos darán gracias a su nombre, los rectos morarán en su presencia. El impío, en cambio, arderá cauterizado por el fuego enemigo de su avaricia.

—Profe, quien te ve tan serio dando clase y mira cómo eres de travieso.

—No soy travieso, Yeraldín. Tal vez nunca debímos hacer esto.

—Ay, profe, no vayas a empezar ahora con arrepentimientos, pues, que pasamos muy rico.

—No me tiene que seguir llamando profe, Yeraldín.

—Pero si eres mi profesor cómo más te voy a decir.

—Pues por mi nombre.

—Profe, ¿ustedes cómo se hicieron novios?

—¿Quiénes?

—Ay, profe, deja la bobada y cuéntame.

—El semestre pasado ella estaba en mi curso de epistemología y un día me agregó en Facebook y ya luego nos mandamos un par de mensajes.

—Ella es divina, ¿cierto?

—Sí.

—¿Y cómo les va en la cama, profe?

—Qué pregunta es esa, Yeraldín.

—Ay, profe, pues una pregunta, yo quiero saber.

¿Lo hace mejor que yo?

—Yeraldín, por favor...

—¡Ay, profe! Cuéntame, mira que estamos en mucha confianza.

—Bueno, lo que pasa es que nunca me he acostado con ella.

—¡Cómo así, profe! Pero por qué, si ella es lindísima, y ese cuerpo que tiene, sin una sola cirugía, qué tan de buenas. ¿Es que no te gusta?

—No es eso, Yeraldín, claro que me gusta, desde que la vi me gustó.

Fue en la primera clase del curso, te estabas haciendo una trenza con un gesto preciosista que me distrajo por un momento de lo que estaba diciendo

y que tal vez notaste. Pero en la clase siguiente te olvidé, tesoro, pues era profesor de cátedra y cada semestre tenía a cargo nueve clases semanales con un promedio de veinticinco estudiantes por grupo. De otra manera no hubiera podido vivir con alguna dignidad y mucho menos justificar que, pese a mi vejez, seguía en la casa paterna. Así que cada domingo compraba arroz chino para la cena de mis padres, aunque lo detestaran, ya que luego de una semana en la nevera terminaba en la basura. Y es que todavía recuerdo con claridad la noche en que le dije a mi padre que abandonaría la ingeniería para estudiar filosofía, noche que pasó en vela con los ojos abiertos mirando la oscuridad rojiza del techo, preguntándole a mi madre qué harían conmigo, como supe después. Y fue por eso que el otro día, cuando me dijiste que estabas antojada de sushi en el Parque Lleras, así con esa naturalidad, te propuse un pícnic en los bosques de la universidad; pero no, tú querías pavonearte, bajar por un día de la comuna en que vives. Querías bajar y ser parte de la ciudad, sentirte normal, gracia divina, inocente de la razón que me hizo buscarte, ajena a las culpas del ascenso económico de Medellín que te dejó atrás y que resucitó a miles de familias que vivieron en la pobreza hasta que voluntaria o involuntariamente fueron tocadas por la varita mágica de Pablo Escobar, abracadabra: los que vivían en las comunas descendieron de la ignominia para asentarse en el valle y los que estaban en el valle llegaron al barrio El Poblado en asunción beatífica, sin pecado, sin mancha. Dijo el capo hágase la ciudad y la ciudad se hizo. Te busqué precisamente porque eras de comuna, porque bajo el interés antropológico que me hace explicar cada aspecto de la alta cocina criolla en virtud de los ingredientes que usa tu santa madre en la modestia de sus lentejas aguadas no hay más que un extracto bancario que todavía me impide sentarme con comodidad en el Parque Lleras pero que me da la tranquilidad suficiente para compartir las fritangas callejeras a las que no sin alguna vergüenza me invita tu familia creyendo que es para mí un gran esfuerzo ascender desde el valle hasta la comuna como quien desciende en la escala social.

—Yeraldín. Es hora ya de irnos, voy a pedir un taxi.

—No profe, cuál taxi. Yo te llevo a la casa.

—Cuando llegamos me besó.

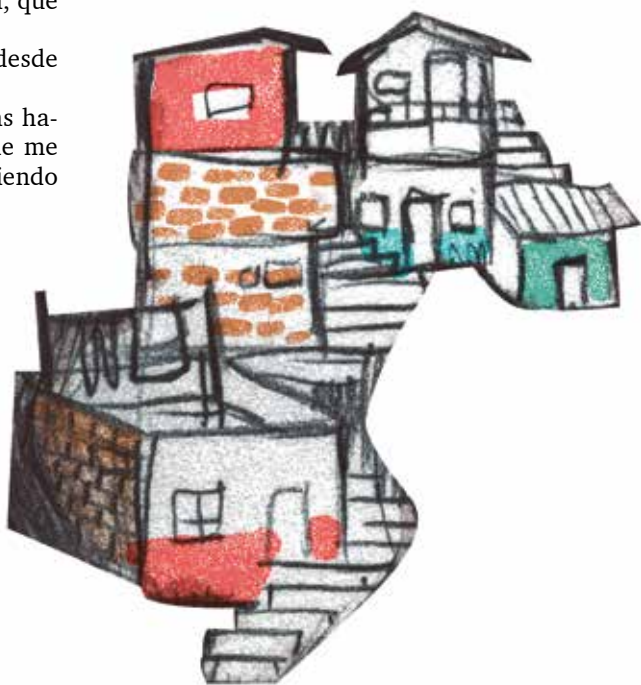
—Profe, tenemos que repetir el plan.

—Sí, Yeraldín. Tenemos que repetirlo.

Lo dije sinceramente, cómo iba a saber yo que para esa altura de la noche ya se había desatado la desventura que me trajo a Nueva York. Entré a la casa, saludé a mis padres con triunfalismo, me lavé los dientes, me puse la piyama y me acosté repitiendo uno a uno los nombres de la lista hasta pronunciar el último: Yeraldín. No sabía de la amenaza que se cernía sobre mí y que en menos de tres días me tendría buscando dinero para el viaje. A la mañana siguiente me levanté, preparé el café, como siempre, y salí para la universidad de buen ánimo, pese a que era sábado. Me entusiasmaba la idea de ver a Yeraldín, recién bañada, olorosa a champú, con los ojos todavía soñolientos. Cuando entré al salón ya estaban todos sentados, esperando, menos Yeraldín que llegó tarde con un ojo morado y la boca reventada. Después de clase, cuando todos salieron, ella seguía sentada, mirándome.

—Profe, es mejor que se desaparezca: mi novio lo va a matar. ☹

* Fragmento de *Colección de tragedias y una mujer*, novela ganadora del premio Cámara de Comercio 1917





El papa de mi sueño

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

A mí las cosas de la religión y de la fe me tienen sin cuidado. Y lo de andar pregonando por ahí que soy ateo y cazando discusiones con los llamados creyentes me parece una pérdida de tiempo. Es como si una hiena y un sapo discutieran sobre cómo es el mundo y cada uno tratara de convencer al otro. Ridículo. El cerebro, bien protegido por una muralla de huesos, es el órgano más complejo que tenemos y el más fácil de manipular, capaz de crear belleza y conocimiento, pero también capaz de asimilar las creencias más absurdas. Si tienes décadas de fe encima y crees que existen los ángeles, que ellos vendrán un día, enviados por Dios, a crear la Nueva Jerusalén, a proclamar la grandeza de los Estados Unidos y a poner a los negros, los latinos y el resto de las razas en su lugar, es porque eres una hiena, o un sapo. Y si semejante conclusión es el resultado de la lectura atenta de las llamadas Sagradas Escrituras, demuestra que lees con el ojo, no con el cerebro, pues a este último lo tienes cumpliendo funciones intestinales.

A despecho de mi irreligiosidad, debo confesar que el nuevo papa me cae bien, es más, pienso que si fuera posible conversar con él sería muy agradable, pues lo haríamos sobre temas diferentes a nuestras convicciones. Hablaríamos sobre aquel Borges que en 1965 aceptó dar una charla en un colegio donde trabajaba el aspirante a cura Jorge Mario Bergoglio; o sobre el fenómeno del peronismo en Argentina; o sobre Maradona, Gardel o Carlos Monzón. Y si lo hiciéramos sobre ciertos políticos colombianos me diría, estoy seguro, que son unos perfectos boludos. ¿Que cómo lo sé? Ya verán.

Hará cosa de un mes soñé con el papa. Todo a raíz de la excesiva propaganda que hubo en los medios sobre su visita y por la entrevista que alguien de la W hizo al jefe del Ku Klux Klan. Ambos, tanto el líder de la secta racista como el periodista me dejaron aturrido. El uno por el montón de basura que

arrojó sobre sus semejantes, y el otro, por algo que se le escapó, una confesión involuntaria. Esos tres elementos fueron la materia prima de mi sueño, y con ellos el inconsciente, avezado narrador, urdió su historia.

En el sueño, yo trataba de arreglar un lavamanos que tenía una fuga de agua y pensaba en Cioran. Decía su mujer que lo que más le gustaba al filósofo, después de la pasión exacerbada por la amargura y el pesimismo, eran los trabajos de plomería. Todos los arreglos que hizo en este campo de la actividad humana, aunque duraderos, carecían de estética. No es que en el sueño yo recordara estas cosas, simplemente las leí alguna vez y por eso, mientras intentaba arreglar el lavamanos, pensaba en Cioran. Tenía la llave de expansión en la mano y me disponía a encajarla en el codo cuando mi hija me dijo que pasara al teléfono. Quién es, pregunté. Es el papa Francisco, ya te ha llamado dos veces, dijo con la naturalidad con que se cuece el pan en el horno. Quería que lo acompañara a comprar un kilo de maní dietético, maní simple, y quedamos de encontrarnos en la estación Cisneros. No sé qué pasó con el lavamanos, el inconsciente hizo un corte, y, en la siguiente escena, estoy sentado en un cubo de cemento viendo a Francisco que sale de un vagón con su sotana blanca. La gente lo saluda, más como se saluda a un viejo profesor de álgebra que ha enseñado a generaciones y generaciones de jóvenes en una ciudad pequeña, que como se suele saludar a las papas. Lo primero que me dice es que La Estrella, de donde viene, está muy lejos, y que hubo un problema llegando a Industriales. Nos damos la mano como viejos amigos y me pregunta por el lumbago. Ahí, digo. Con una sonrisita burlona, al tiempo que me da palmaditas en el hombro, me dice en argentino: No te sigás quejando, el lumbago y vos son consustanciales, no te puedo imaginar sin él. Nos reímos un rato. Tomá, dijo, pasándome el periódico. Estábamos sentados, él en un

cubo, yo en otro. Era la entrevista de la W: “El jefe del Klan decía que los negros habían sido creados para servir porque sus cerebros, poco evolucionados, no daban para más; que eran criminales y siempre buscaban mujeres blancas y ricas para que los mantuvieran; que si él hubiera nacido negro se habría casado con una mujer blanca y rica y no habría tenido que trabajar tanto. Sugería que a los comunistas, a los judíos, a los negros, a los inmigrantes y a los homosexuales había que matarlos. El periodista se despidió y le dijo que no había sido un placer esa entrevista porque tenía algunas diferencias con él”. Doblé el periódico y se lo entregué. Los dos son unos boludos, dijo Francisco. Por qué los dos, pregunté. Cómo que algunas diferencias, ¿es que están de acuerdo en algo? Lo que pasa, dije, es que a ese periodista no le gustan los comunistas. Francisco desdobló el periódico y estuvo leyendo un rato con el ceño fruncido, y, por un momento, tuve el impulso de acomodarle el solideo, que se le había rodado un poco. Y el del Klan tiene un complejo, dijo Francisco. En ese momento me desperté. Eran las cinco de la mañana. Hacía meses no soñaba, y ese sueño, aunque incompleto, me gustó. Qué falla, pensé; me llama para que lo acompañe a comprar un maní y ni siquiera salimos de la estación. Imaginé cómo habría sido el resto del sueño. Francisco y yo caminando por Pichincha, bajo el viaducto del metro. Después de comprar el maní, lo invito a la vieja estación del ferrocarril a conversar un rato mientras cae la tarde.

El sábado, día de la llegada del papa a Medellín, me levanté temprano, fui al Centro y caminé por los lados de la Plaza Botero, vacía a esa hora. Estuve un buen rato sentado en una banca, viendo pasar a la gente, tratando de recordar cómo era todo antes de que pusieran esas esculturas; qué había frente al museo de Antioquia, y no fui capaz de encontrar los recuerdos. De allí me fui para el centro comercial Unión a tomar tinto, y más o menos como a las once, a La Playa, por donde horas más tarde pasaría el papamóvil. Muchos fieles estaban allí desde antes de las ocho. Había vendedores de camándulas, de escapularios, de banderitas; de bancos para que los fieles de pequeña estatura pudieran ver; de camisetas con la imagen del papa. Camisetas a diez mil, voceaban los vendedores.

Entré a Comfenalco, a la biblioteca, en el cuarto piso, a buscar un relato de Sergio Pitlor, *Vals de Mefisto*, de ardua lectura, que, según la crítica, es no solo el mejor cuento del escritor mexicano sino uno de los mejores en lengua española, pero lo que yo quería era ver a ese papa que se metió en mi sueño de hace un mes y llamé boludos al jefe del Ku



cayó aquí, alguien se te adelantó... El papamóvil aún no había alcanzado la avenida Oriental y ya las camisetas se habían devaluado, ahora eran a dos mil; y los que hace poco vendían los bancos para fieles de pequeña estatura, ahora los compraban a mitad de precio. Los seres humanos podemos tener toda la fe del mundo o albergar en nuestros cerebros los conocimientos más complejos y no dejamos de ser, en esencia, como decía Erich Fromm, compradores o vendedores; cuando no compramos, vendemos o estamos sentados en el retrete deshaciéndonos de parte de lo que compramos.

Al día siguiente, en la televisión, vi la llegada del papa a Cartagena. Del aeropuerto Rafael Núñez al barrio San Francisco, y el gentío detrás; gentes de Santa Rita, de Canapote, de Santa María, del Siete de Agosto, de La Esperanza; barrios a los que durante décadas les negaron el agua, el arreglo de las calles y la recolección de las basuras; barrios educados en el clientelismo, que se acostumbraron a llamar ayudas a las obligaciones del Estado; ayudas que recibían como damnificados de un terremoto, de parte del doctor Fulano: tejas de Eternit, baldes para cargar el agua, y, muchas veces, botellas de ron Tres Esquinas. Para que se acuerden de mí en las elecciones, decía el desvergonzado político.

En la Cartagena de los años setenta las noticias iban de un barrio a otro; algunas no interesaban tanto como los chismes; y esta, que no interesaba tanto, era sobre unos curas españoles que llegaron al barrio Olaya y vivían pobremente. Sobrevivían haciendo los trabajos más duros: en fábricas de ladrillos, en el Terminal Marítimo, repartiendo gaseosas en los camiones de Postobón. Vivieron también en el barrio San Francisco y decían sus misas en la calle. Eran unos curas raros. Y parece que eso de involucrarse tanto con la gente gusto poco a las jerarquías eclesíásticas y fueron expulsados del país. Después se supo que habían ingresado al ELN. A uno lo picó una culebra, otro murió en combate y el que sobrevivió se convirtió, pasado el tiempo, en el jefe máximo de esa guerrilla.

Francisco se baja del papamóvil y camina por una calle de San Francisco, es igualito al de mi sueño, con su sotana blanca, solo que esta vez la multitud quiere tocarlo. Va a visitar a una mujer negra, pobre desde que nació, una mujer que según el jefe del Ku Klux Klan, ese boludo acomplejado, no podría vivir en la Nueva Jerusalén y merece, como todos los de su raza, la muerte.

Y entre el gentío se escucha la voz de un niño: Papa Francisco, te queremos; papa Francisco, te queremos.

La inocencia de los sueños disparatados, su mundo simple e imposible, trae siempre un poco más de armonía que los arrebatos de la fe. ☺

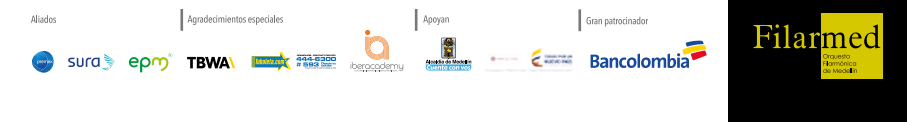
ORQUESTA FILARMÓNICA DE MEDELLÍN

Concierto N°17 para piano Mozart	
Concierto para piano Ravel	
Sinfonía N°2 “Pequeña Rusia” Tchaikovsky	
Solista: Sergio Posada	
Director: Alejandro Posada	

Sábado 14 de octubre / Teatro Metropolitano / 6:00 p.m.

Boletería en Tu Boleta: \$30.000 y \$60.000. Descuentos: 25%
Clientes Bancolombia y estudiantes. Informes: 232 28 58

www.filarmed.com / @filarmed   



III SEMINARIO INTERNACIONAL DE GUIÓN LOS GÉNEROS CINEMATOGRAFICOS



LOS MAESTROS
JUAN PABLO YOUNG (ARGENTINA), CARLOS E. HENAO (COLOMBIA),
YOLANDA BARRASA (ESPAÑA)
www.cinefilia.org.co



MEDELLÍN, 12 AL 14
DE OCTUBRE 2017
Auditorio Suramericana
Información e inscripciones
5112121 / 3004707251



HATOVIEJO
Cocina Típica Colombiana • Asados

Palmas • Centro • Oviedo

35 años
de Tradición y Sabores

www.hatoviejo.com

Durante octubre de 2017, participaremos en Medellín Gourmet, uno de los eventos gastronómicos más importantes de el país. Tendremos en Menús seleccionados de medellinalgourmet.com. Entrada, Plato Fuerte, copa de vino, Postre y café por \$65.000

EL MEJOR ROCK DE TODOS LOS TIEMPOS

VALHALA
rock bar

Carrera 81 #32-124 local 135 Centro
Comercial Nueva Villa de Aburrá.

Email: info@valhalabar.com
Horario: lunes a domingo
de 6:00 p.m. a 2:00 a.m.

Presenta este cupón y obtén 20%
de descuento en Cócteles de la casa.

Teléfono: 250 56 98

CIUDAD CAFÉ
el lugar del caminante

desde 1999

Abrimos nuestras puertas por primera vez el 2 de septiembre de 1999, desde entonces no hemos parado. Un lugar sencillo y con alma... ubicado frente al parque-bulevar de Carlos E. Restrepo.

MARTES A SÁBADO: 3PM A 12M
DOMINGOS Y LUNES: 4PM A 10PM
CARRERA 64B # 51-94
INSTAGRAM: CIUDADCAFEMEDELLIN

Teléfono: 2600210 • Fb: @ciudadcafemed

EL GRANERO
Desde 1976

Granero Carlos E Restrepo
Cll 53 #64a - 35

Todos los días (del año)
7:00 a.m. a 11: p.m.

Tel.: 2304956

AULA
Resto - Bar / Café

MENÚ DIARIO, ALMUERZOS
EMPRESARIALES, CELEBRACIONES,
CINEFORO, CATAS DE VINO
Y CERVEZA

Calle 52 #64A-29
Carlos E. Restrepo

Lunes a sábado
de 12:00 p.m. a 11:30 p.m.
Domingos
de 1:00 p.m. a 10:00 p.m.

Teléfono: 230 85 43

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro,
por medio del cual tenemos la posibilidad
de recordar que la vida, con toda
su magia y creatividad
es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Teléfono: 2302522

Restaurante
EI ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

Frutti jhon

Servicio a domicilio 230 40 56

CALLE 53 # 64A-51 PARQUE PRINCIPAL CARLOS E. RESTREPO

Quesadilla

Promoción
2 x \$22.000
Todos los Martes
de Octubre

PRIMER DOMINGO CADA MES
Sancocho Trifásico

Restaurante
Flores y Sabores
Comida Gourmet de Origen

Bulevar de Carlos E. Restrepo
Reservas: 2601685

PARRILLA Orrabanda
al Carbón

Deliciosa parrilla al Carbón

Cortes Finos y Gruesos, Choripanes,
Hamburguesas, Parrillada,
Cervezas Artesanales y... ¡MUCHO MAS!

Servicio de Parrilla
Lunes a Jueves hasta las 9pm,
Viernes y Sábados hasta las 10pm
los Domingos cerramos a las 5pm

**16 de septiembre, celebra con nosotros
AMOR Y AMISTAD**

Cra 64A # 52A-31 / Urb. Carlos E. Restrepo / Tel.: 230 50 55

[otrabandaparrilla](https://www.instagram.com/otrabandaparrilla) [otrabandaparrilla](https://www.facebook.com/otrabandaparrilla)

al pie de **LA LETRA** librería

Sede Brasília: Calle 49A # 64C-42. Tel.: 2305428.
Sede Mamm: Carrera 44 # 19A-100
E-mail: laletra@une.net.co

www.alpiedelaletralibreria.com

Teléfono único: **3224694**

IMPRESOS COMERCIALES
LA PATRIA

Celebra con Universo Centro

9 años,
1.245.000
ejemplares de Universo Centro
impresos en **La Patria**

Desde nuestro primer número, publicado en noviembre de 2008, hemos trabajado al lado de los amigos y aliados de la división de Impresos Comerciales de La Patria. Es allí, en las rotativas de Manizales, donde nuestro periódico empieza a dejar la mejor impresión.

La Patria y Universo Centro, nueve años juntos.

CONTACTOS MANIZALES
Carrera 20 #46-35 • Teléfono: (6) 878 17 16 • Celular 320 727 3632
E-mail: impresoscomerciales@lapatria.com

IMPRESOS COMERCIALES
LA PATRIA

Impresión de periódicos, libros, revistas, publicomerciales • Producción de cajas plegadizas



UC 01 - Noviembre de 2008

UC 90 - Septiembre de 2017

Aquí NACIÓ LA
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA,
aquí está nuestro más simbólico patrimonio:
EL PARANINFO.

Este es también nuestro barrio: ¡el barrio de todos!
EL CENTRO

Y ESTA ES NUESTRA APUESTA PARA QUE TODOS LOS CIUDADANOS LO DISFRUTEMOS:

- Ciudad al Centro / Encuentro ciudadano
- Bautizos botánicos en plazas y parques
- Conciertos didácticos en la Plazuela de San Ignacio
- Tardes de piano en el Paraninfo
- Noche en vela en el Paraninfo
- Visitas guiadas / Caminá el patrimonio
- Salas de exposiciones
- Filosofía a la calle: cine, lectura y discusión
- Retreta del Parque de Bolívar
- Alianza Cultural por el Centro
- Librería Interuniversitaria CIS

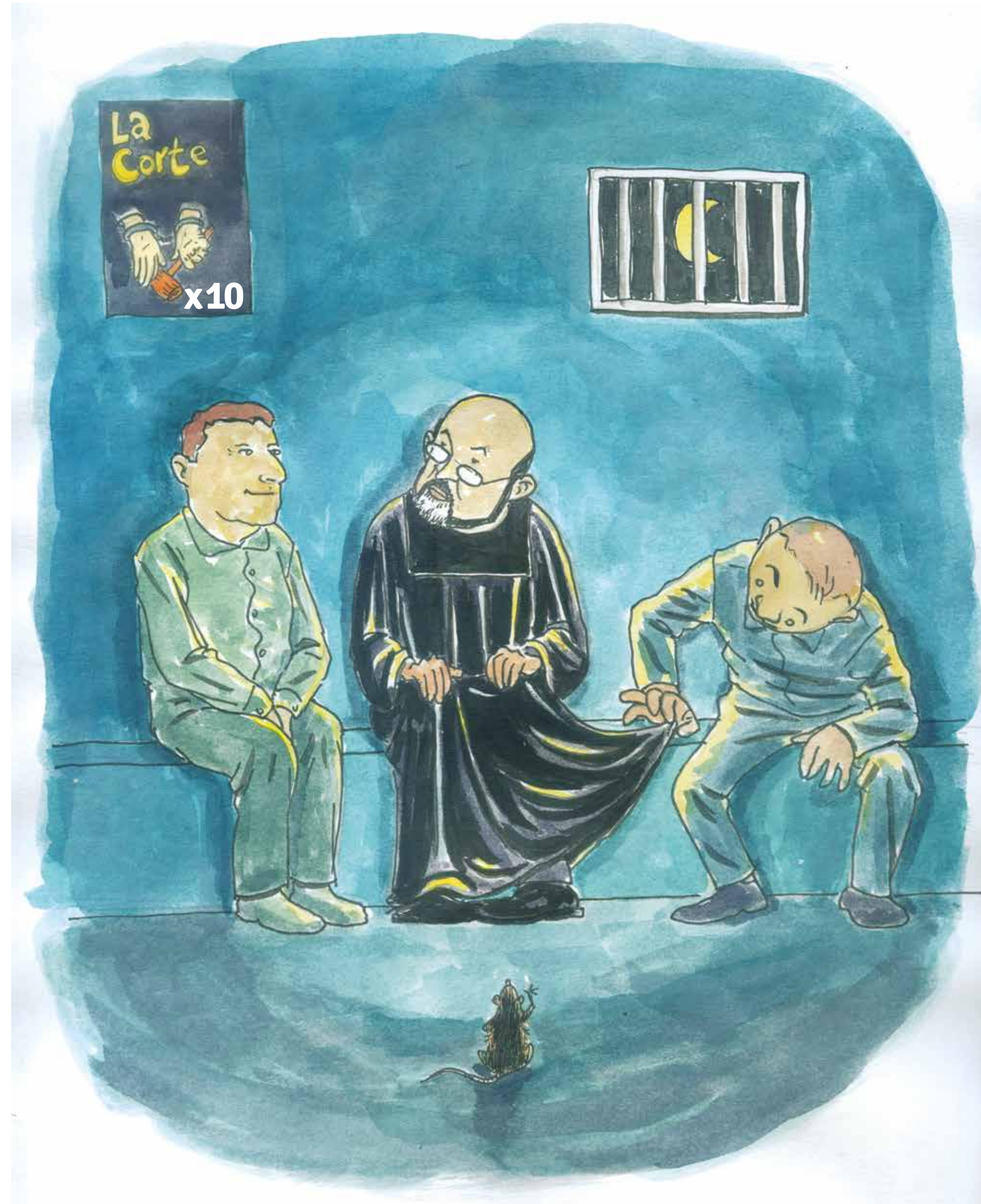
#CaminápalCentro

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

PROGRAMA CULTURA CENTRO - UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
Teléfonos: 2199814 - 2199815
cultura.centro@udea.edu.co
Consulta la programación en: www.udea.edu.co

Universidad de Antioquia. Benjamin de la Calle, 1914. Archivo BPP.

Vigilada Mineducación



cinéfagos.net | 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net  @cinefagosnet

SEGUROS



Los lunes no son iguales para todos.

Si es el día que más estás esperando porque empacarás tus emociones para vivir nuevas experiencias, **en SURA tenemos un plan para proteger tu estilo de vida.**

Si esperas los lunes para hacer otros planes ingresa a **ASEGURATEDEVIVIR.COM.CO** y descubre cómo proteger lo que más te importa.

El mejor momento para asegurarte de vivir es ahora.

 SURA / BLOGS

Conoce más en la línea 01 800 051 8888 Bogotá, Cali y Medellín 437 8888.

segurosura.com.co

LA
VIDA

PLANETARIO
DE MEDELLÍN

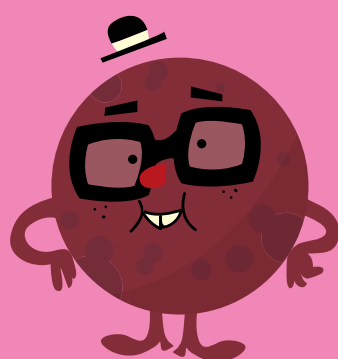
SOCIAL DEL SISTEMA SOLAR

NACIMIENTOS, SEPARACIONES, JUNTANZAS, CHOQUES, ADOPCIONES, HIJOS DESCONOCIDOS Y MÁS

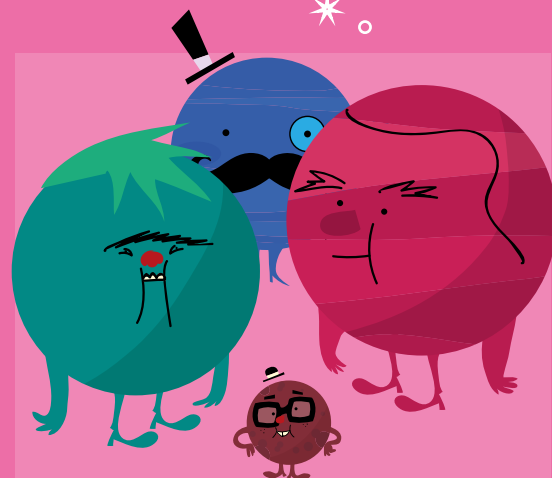
HOY:

JÚPITER Y MERCURIO:

ATRACCIÓN FATAL



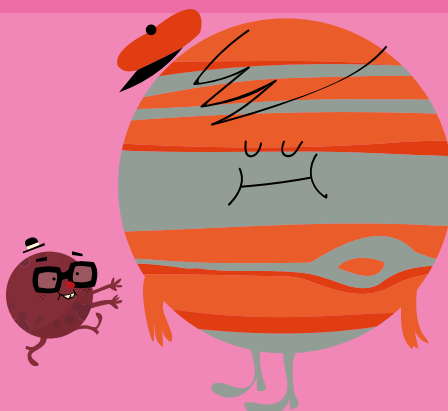
El **planeta Mercurio**,
el más pequeño de todos,



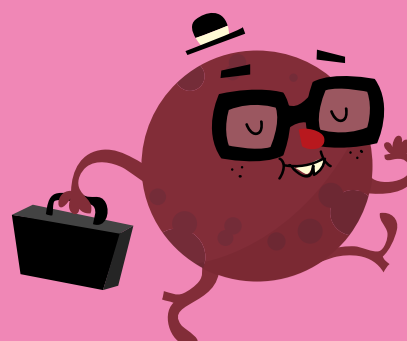
se siente subyugado
por **los grandes**.



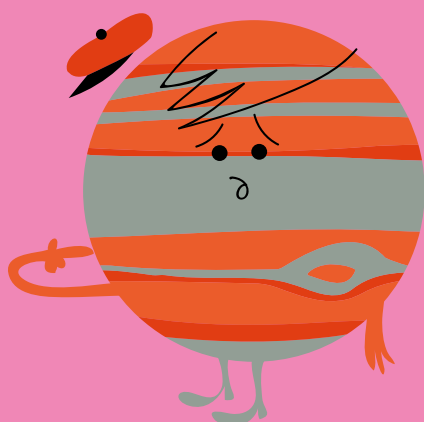
Lo vemos muy **cerca del Sol**.



Y es evidente que
sucumbe ante **Júpiter**.



Dicen que **Mercurio**
va a terminar migrando
hacia **afuera del sistema solar**



por culpa de **Júpiter**.

...Hay quienes te pueden
cambiar la vida.



Visita el Planetario y el Parque Explora

La ciencia nos ayuda a mirar, de otra manera.

www.planetariomedellin.org

parque
explora

Bancolombia

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos